

## Saber y poder en la transición chilena: Los *pobladores* como campo de disputa política *Knowledge and power in the Chilean transition: The dwellers as a field of politics dispute*

Mónica Iglesias Vázquez\*

### RESUMEN

En este artículo analizamos, de forma crítica, la construcción que la sociología y la nueva historia social hicieron de los *pobladores*, en la década de los ochenta. Nuestra revisión presenta los conceptos fundamentales y los presupuestos epistemológicos y políticos que subyacen en ambas perspectivas. Concluimos que dicha producción teórica es la expresión de una disputa en torno al sentido que debía tomar la transición a la democracia y el papel que en ella podían jugar los sectores populares.

**Palabras clave:** dictadura, sociología renovada, *pobladores*, transición política, nueva historia social, movimientos sociales.

### ABSTRACT

In this article, we analyze critically, the construction of the dwellers that the sociology and the new social history made in the 1980s. Our review shows the fundamental concepts and the epistemological and political assumptions, which underlie in both perspectives. We conclude that the exposed theoretical production is the expression of a clash around the meaning that should take the democratic transition and the role that the popular sectors could play in it.

**Key words:** dictatorship, renew sociology, *dwellers*, political transition, new social history, social movements.

**Recibido:** agosto de 2016

**Aceptado:** septiembre de 2016

### Introducción

Un *fantasma* recorrió el Chile dictatorial: *el fantasma de los pobladores*. Así lo anunció el sociólogo Eugenio Tironi<sup>1</sup> en alusión a “la desintegración social, cuya encarnación más patente es aquella masa que, a falta de otra identidad, se le denomina ‘pobladores’”<sup>2</sup>. La interpretación de Tironi es representativa, *grosso modo*, de la vertiente sociológica hegemónica durante el último cuarto del siglo XX. Y constituye el punto de partida de este artículo: ¿Por qué la sociología chilena negó la existencia de movimientos sociales en Chile? ¿Por qué escamoteó esa categoría al amplio, diverso y profundo repertorio de acciones de protesta y de sobrevivencia desplegadas por los *pobladores*? La acrimonia en el tratamiento que esos sociólogos les dispensaron traslucía, desde un principio, que la

---

\* Socióloga (UB), Maestra y Doctora en Estudios Latinoamericanos (UNAM). Investigadora Posdoctoral en el Departamento de Historia de la Universidad de Santiago de Chile (USACH), con el proyecto FONDECYT n° 3160468. Correo electrónico: monicaiglesias@hotmail.com.

<sup>1</sup> Tironi, Eugenio. 1986. “El fantasma de los pobladores”, *Estudios Sociológicos*, n° 12, pp. 391-397.

<sup>2</sup> Tironi, Eugenio. 1986. “La revuelta de los pobladores. Integración social y democracia”, *Nueva Sociedad*, n° 83, pp. 24-32.

respuesta no podía circunscribirse al ámbito académico o, en todo caso, que se trataba de una *disputa académica con una gran trascendencia política*. Indudablemente la difusión de aquella tesis –la *negación* de los movimientos sociales– *servió* al proceso de transición política que tuvo lugar en Chile, conducida por los cauces institucionales, centrada en las élites políticas, legitimando la legalidad *pinochetista* y garantizando la permanencia del modelo económico vigente. Y todo ello, despreciando al sujeto popular<sup>3</sup>. El *uso político de la negación teórica de los movimientos sociales* es evidente<sup>4</sup>. Con todo, es necesario explicar las condiciones sociales y los procesos de construcción de conocimiento que permiten comprender la producción de una vasta literatura que *negaba* y/o *subordinaba* a los actores que, con su audacia y sus saberes, habían logrado no sólo sobrevivir a la violenta represión política, económica y cultural, sino también impulsar profundos procesos de democratización de la sociedad en los márgenes del Estado.

Varios trabajos coinciden en expresar, con sorpresa, una suerte de incredulidad ante la *desaparición* de los movimientos sociales en los primeros años de la posdictadura<sup>5</sup>; en eso consistiría, precisamente, la *paradoja* de la transición chilena<sup>6</sup>. La reiteración del carácter paradójico de esa circunstancia –la *desaparición* de los movimientos sociales justo con el retorno de la “democracia”– ponía en evidencia la *contradicción* entre lo que el “sentido común” auguraba de un sistema democrático y la constatación de un “mundo político” que se autonomizaba progresivamente de los sectores populares, y que, para ello, se empeñaba “en desmovilizar” a la ciudadanía<sup>7</sup>.

Una explicación más o menos recurrente para ese aparente “absurdo” ha sido la de la *traición* de la élite académica y política a los sectores populares y al propio proyecto originario de la Concertación de Partidos por la Democracia<sup>8</sup>. La laudada transición a la democracia se habría

<sup>3</sup> Baño, Rodrigo. 2013. “El Golpe a la Igualdad: 40 años después”, *Conferencia sobre el golpe de Estado en Chile*. Disponible en <<https://www.youtube.com/watch?v=PW1W7IO99j8>>.

<sup>4</sup> Véase, entre otros, Salazar, Gabriel. 2006. *La violencia política popular en las “Grandes Alamedas”. La violencia en Chile 1947-1987 (Una perspectiva histórico-popular)*, Santiago, LOM; y Garcés, Mario. 2012. *El despertar de la sociedad. Los movimientos sociales en América Latina y Chile*, Santiago, LOM.

<sup>5</sup> Véase, entre otros, Delamaza, Gonzalo. 1999. “Los movimientos sociales en la democratización de Chile”, en Drake, Paul W. e Iván Jaksic. *El modelo chileno. Democracia y desarrollo en los noventa*, Santiago, LOM, pp. 377-404; Espinoza, Vicente. 2000. “Reivindicación, conflicto y valores en los movimientos sociales de la segunda mitad del siglo XX”, en Garcés, Mario, Pedro Milos, Myriam Olguín, Julio Pinto, María Teresa Rojas y Miguel Urrutia. 2000. *Memoria para un nuevo siglo. Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX*, Santiago, LOM.

<sup>6</sup> Véase, entre otros, Oxhorn, Philip. 2004. “La paradoja del gobierno autoritario: Organización de los sectores populares en los ochenta y promesa de inclusión”, *Política*, n° 43, pp. 57-83; Guerrero, Manuel. 2008. “Tras el exceso de la sociedad: emancipación y disciplinamiento en el Chile actual”, en Ceceña, Ana Esther (coord.). *De los saberes de la emancipación y de la dominación*, Buenos Aires, CLACSO, pp. 261-182; Bastías, Manuel. 2010. “Las paradojas de la transición. La conquista del sufragio y la desarticulación de la sociedad civil en Chile”, *Independencias - Dependencias - Interdependencias VI Congreso CIESAL*. Toulouse.

<sup>7</sup> Correa, Sofía, Consuelo Figueroa, Alfredo Jocelyn-Holt, Claudio Rolle, y Manuel Vicuña. 2001. *Historia del siglo XX chileno: Balance paradójico*, Santiago, Sudamericana, p. 339.

<sup>8</sup> Referencias en este sentido pueden encontrarse en Espinoza, Vicente. 2000. “Reivindicación, conflicto y valores...”; Portales, Felipe. “La Concertación se compró todo el modelo de la dictadura”, *Diario Uchile*, 29 de septiembre de 2013; y Salazar, Gabriel. “La Concertación traicionó a la ciudadanía y hoy está pagando las consecuencias”, *Diario Uchile*, 25 de marzo de 2015.

demostrado en una operación *gatopardista*<sup>9</sup>, en la que las élites políticas se habrían “confabulado” para producir un cambio de régimen que dejaba intacto el modelo económico y político de la Dictadura. Ciertamente esto es así, pero la tesis de la traición –aun cuando ésta haya tenido lugar– no resulta plenamente satisfactoria, pues hace descansar el análisis en aspectos personales (la falta de lealtad); y en todo caso no explica *per se* cuáles fueron las condiciones y los procesos que permitieron o facilitaron esa deslealtad hacia los sectores que aspiraban a una democracia sustantiva. Asimismo, ese razonamiento circunscribe el análisis al periodo posdictatorial: la traición se habría producido una vez que la Concertación se hizo Gobierno y no cumplió con las promesas que previamente había realizado. Y por ende, se habría traicionado a sí misma, a sus propios principios. Pero sólo es posible apelar a la traición, en este sentido, estableciendo una clara diferencia entre la “Concertación” como oposición y la Concertación como Gobierno. En consecuencia, para comprender la difícil relación entre movimientos sociales y partidos políticos bastaría con fijarse en las tensiones surgidas durante la posdictadura, asumiendo “acríticamente” que había existido una buena articulación –un reencuentro entre lo social y lo político– durante la dictadura<sup>10</sup>.

Por otra parte, esa interpretación es rechazada, con rotundidad, no sólo por la oficialidad *concertacionista* sino también por los artífices intelectuales de la transición política<sup>11</sup>. Manuel Antonio Garretón, por ejemplo, sostiene: “Aquí nadie ha traicionado a nadie”<sup>12</sup>, porque “no es cierto que la Concertación desmovilizó, eso es una mentira absoluta”<sup>13</sup>. Desde esta perspectiva, la ausencia de movilizaciones y la “apatía” política de amplios sectores sociales, principalmente de los jóvenes, se explica por la supuesta debilidad e impotencia de la sociedad, reforzando con ello la tesis *negacionista*<sup>14</sup>. Bajo esta interpretación, la *desaparición* de los movimientos sociales en los noventa se comprende precisamente por la fragmentación, anomia y carácter pre-político de las formas de protesta y de movilización de los ochenta. Así pues, los movimientos sociales no habrían resultado relevantes en la lucha contra la Dictadura, debido a su índole *deficiente*, y en consecuencia, habrían

<sup>9</sup> Véase Moulian, Tomás. 1997. *Chile Actual: Anatomía de un mito*. Santiago: LOM/Arcis.

<sup>10</sup> Sobre los desplazamientos ideológicos de la izquierda chilena y el proceso de renovación socialista, véase: Moyano, Cristina. 2010. *El MAPU durante la dictadura. Saberes y prácticas para una microhistoria de la renovación socialista en Chile. 1973-1990*. Santiago: Universidad Alberto Hurtado.

<sup>11</sup> Entre los transitólogos más destacados se encuentran José Joaquín Brunner, Ángel Flisfisch, Enrique Correa, Eugenio Tironi y Manuel Antonio Garretón.

<sup>12</sup> Garretón, Manuel Antonio. 2009. “Entrevista: Manuel Antonio Garretón: «Aquí nadie ha traicionado a nadie»” en Zerán, Faride. *Las cartas sobre la mesa. Entrevistas de Rocinante*, Santiago, LOM, pp. 66-75.

<sup>13</sup> Garretón, Manuel Antonio. 2013. “Crisis y dictadura, democracia incompleta y nueva democracia”, *Conferencia presentada en la Cátedra de la Memoria 2013. ‘A 40 años del Golpe’*, Santiago, Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, Universidad Diego Portales, Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Georgetown, 5 de septiembre.

<sup>14</sup> Así lo refleja la siguiente cita: “¿Y de qué pueblo, de qué movimiento social hablamos que se deja desmovilizar durante 17 años? ¿Qué estaban haciendo los movimientos sociales en ese período? ¿En el período del 90 hasta 2006? *Consumiendo, pues*. En eso estaban” (Garretón, Manuel Antonio. 2013. “Crisis y dictadura...”). Sin desconocer, efectivamente, que el consumo (y el endeudamiento) fue usado como un mecanismo de control de los “desórdenes” sociales, y que amplios sectores sociales quedaron atrapados en esa lógica, este argumento hace descansar la responsabilidad exclusivamente en el movimiento.

sido las élites políticas las que habrían protagonizado la “gesta” de derrotarla “en su propia cancha”<sup>15</sup>. De la misma manera, las insuficiencias en la profundización democrática verificadas durante la posdictadura también serían atribuibles, fundamentalmente, a la ciudadanía –no a los partidos políticos–, a su déficit de autonomía, de civismo, de politización y a su compulsión consumista.

A nuestro juicio, ninguna de las dos líneas interpretativas resulta plenamente satisfactoria. Tanto la tesis de la traición como la de la extrema fragilidad de los actores sociales o de la inexistencia de movimientos sociales hacen descansar todo el peso explicativo en uno de los dos polos de la relación entre lo social y lo político: en el primer caso, la problemática se reduce al proceder de las élites que no “cumplieron” su palabra; en el segundo, se le achaca la responsabilidad a la ciudadanía, aparentemente despolitizada, consumista y apática. Lo que asoma en ambas argumentaciones es precisamente la *escisión* y la distancia abismal entre lo social y lo político. Y lo que resulta fundamental, desde nuestra perspectiva, es que si bien esa escisión fue *forzada* por la represión militar y las políticas dictatoriales, fue después *legitimada* por la propia conceptualización que la sociología hizo de los movimientos sociales, como *actores apolíticos* que precisaban de la conducción partidista. La subordinación de los movimientos sociales, en esa perspectiva, constituye no una situación transitoria o un efecto indeseable, fruto del contexto dictatorial, sino un principio fundamental de todo el entramado discursivo y del engranaje político. Por eso la perplejidad ante la supuesta desaparición de los movimientos sociales y la fetichización y esclerosis de la “política” se desvanece si atendemos a *la construcción teórica de los movimientos sociales*, y específicamente, a la disputa en torno a la *conceptualización de los pobladores*. Para avanzar en ese sentido resulta útil delimitar cómo entendemos la producción de conocimiento y la relación entre saber y poder.

### **De los usos políticos del conocimiento científico**

El concepto de ciencia está “históricamente condicionado”<sup>16</sup>, por lo que su contenido y el valor que le otorgamos dependen de las condiciones sociales de su producción. Sin negar la autonomía relativa del *campo* académico<sup>17</sup> es posible avanzar en la comprensión de la ciencia como una práctica social, atravesada por condicionantes económicos, políticos y culturales. Esta perspectiva permite *desnaturalizar* tanto la propia actividad científica como los productos de dicha actividad, y reconocer que no existe tal cosa como la neutralidad valorativa: “Ciencia es siempre ‘ciencia para’, en aras de objetivos práctico-políticos. Y siempre a partir de ‘un desde’”<sup>18</sup>. Así pues, la ciencia está inevitablemente ligada a la posición de sus cultores, desde la cual se ordena y organiza un determinado punto de vista sobre el mundo social, vinculada a “la conservación y el aumento del

<sup>15</sup> Aylwin, Patricio. 1998. *El Reencuentro de los Demócratas. Del Golpe al Triunfo del No*, Santiago, Ediciones B, p. 14.

<sup>16</sup> Gómez, Ricardo J. 2009. “Karl Marx. Una concepción revolucionaria de la economía política como ciencia”, en *Revista Herramienta*, Año XIII, nº 40, marzo.

<sup>17</sup> El concepto *bourdiano* de “campo” permite enfrentar precisamente el sustancialismo presente en algunos análisis que consideran que las prácticas sociales de los actores se derivan mecánicamente de las posiciones sociales que dichos actores ocupan en la estructura social. Véase: Bourdieu, Pierre. 2002. *Lección sobre la lección*, Barcelona, Anagrama.

<sup>18</sup> Gómez, Ricardo J. 2009. “Karl Marx. Una concepción revolucionaria”.

poder asociado a esa posición”<sup>19</sup>. Reconociendo esto, de lo que se trata es de explicitar, formular y controlar “las aspiraciones éticas o políticas asociadas a los intereses sociales inherentes a una posición en el campo científico”<sup>20</sup>. Esto es, reconocer la dimensión ética y política que entraña la producción de conocimiento científico; aspectos que no le restan científicidad a dicho conocimiento, sino que contribuyen a comprenderlo como una práctica históricamente situada y socialmente condicionada. Lo que es, y lo único que puede ser.

A partir de la perspectiva que cada ubicación en el mundo social y en el campo académico habilita, el observador construye una determinada interpretación del mundo. El análisis científico supone la descomposición y la reunión jerarquizada de las partes, para transformar intuiciones y representaciones en *conceptos*. Y la articulación de esos conceptos y categorías configura un *marco* teórico que encuadra nuestra mirada sobre la realidad, destacando unos elementos e invisibilizando o desdibujando otros. La metáfora de las anteojeras es acertada, en la medida en que la teoría funciona como una herramienta que dirige la mirada hacia ciertos aspectos de la realidad y oculta otros. De todas formas, los procesos de construcción de *marcos*<sup>21</sup>, en el sentido de estructuras de percepción y organización de la experiencia, no son propiamente un aparejo de quita y pon, sino que configuran sedimentos culturales (y mentales) de los cuales no resulta sencillo desprenderse. De ahí que Karl Marx considerara que “el pícaro, el sinvergüenza, el pordiosero, el parado, el hombre de trabajo hambriento, miserable y delincuente son *figuras* que no existen para ella [la Economía Política], sino solamente para *otros ojos*; [...] son *fantasmas* que quedan fuera de su reino”<sup>22</sup>. En nuestro caso los *pobladores* y sus innovaciones sociopolíticas fueron fantasmas para cierta sociología.

Elaborar teorías supone, pues, construir una *mirada*, un sentido determinado del mundo. En la práctica científica se contraponen distintas visiones. Para Bourdieu, a medida que el campo académico se va autonomizando de los otros campos, la batalla que tiene lugar en su seno depende mayormente de criterios específicos, derivados directamente del “capital de autoridad científica o de notoriedad intelectual”<sup>23</sup>, y no del capital económico y político, que obedece a la posición del investigador en esos otros campos. A su juicio, estos dos principios de jerarquización dentro del campo académico son antagónicos, pero siempre coexistentes. En virtud de esta inexcusable imbricación, “los conflictos intelectuales también son siempre, desde cierto punto de vista, conflictos de poder”<sup>24</sup>.

---

<sup>19</sup> Bourdieu, Pierre. 2008. *Homo academicus*, Buenos Aires, Siglo XXI, p. 26.

<sup>20</sup> *Ibíd.*, p. 28.

<sup>21</sup> Un marco “es una estructura general, estandarizada y predefinida (en el sentido de que ya pertenece al conocimiento del mundo del receptor) que permite el reconocimiento del mundo y orienta la percepción [...] permitiéndole construir expectativas definidas acerca de lo que va a suceder, es decir, dando sentido a su realidad” (Donati, Paolo R. 1992. “Political Discourse Analysis”, en Diani, Mario y Ron Eyerman. *Studying Collective Action*, Newbury Park/London, Sage Publications, pp. 136-167, traducción propia).

<sup>22</sup> Marx, Karl. 1999. *Manuscritos: economía y filosofía*, Madrid, Alianza, p. 124, cursivas nuestras.

<sup>23</sup> Bourdieu, Pierre. 2008. *Homo academicus*, p. 71.

<sup>24</sup> *Ibíd.*, p. 94.

Esta disputa es, entonces, una “lucha simbólica por la producción del sentido común o, más precisamente, por el monopolio de la nominación legítima”<sup>25</sup>. Los académicos tratan:

“De cambiar las categorías de percepción y de apreciación del mundo social, las estructuras cognitivas y evaluativas: las categorías de percepción, los sistemas de clasificación, es decir, en lo esencial, las palabras, los nombres que construyen la realidad social tanto como la expresan, son la apuesta por excelencia de la lucha política, lucha por la imposición del principio de visión y de división legítimo, es decir por el ejercicio legítimo del efecto de teoría”<sup>26</sup>.

La ciencia social no trata sólo sobre el *ser* de las cosas (ontología) sino también acerca de su *deber ser* (ética). Y en ese sentido orienta acciones, justifica o descarta luchas, legitima o censura actores. Por eso resulta importante señalar que “la legitimación del orden social no es el producto, como algunos creen, de una acción deliberadamente orientada de propaganda o de imposición simbólica; resulta del hecho de que los agentes aplican a las estructuras objetivas del mundo social estructuras de percepción y de apreciación que salen de esas estructuras objetivas y tienden por eso mismo a percibir el mundo como evidente”<sup>27</sup>.

La evidencia –naturalización– de ciertas realidades conforma el *sentido común* de una determinada época. De ahí que una de las grandes victorias de una particular visión del mundo sea simbólica y cultural, esto es, que se identifique con un nuevo sentido común: “Todo el conocimiento científico busca constituirse en sentido común”<sup>28</sup>.

En síntesis, el conocimiento no es nunca, ni cuando lo pretende, una actividad independiente de las condiciones sociales que lo hacen posible, y de las posiciones que ocupan en la estructura social quienes lo producen. Tampoco es una acción mecánica determinada por la posición social. De ahí que sea necesario comprender la producción del saber científico como una *acción compleja y relacional* en la que se encuentran involucrados diversos actores que pugnan por hacer valer sus puntos de vista y reproducir su capital simbólico al interior del campo (aunque, en ocasiones, algunos actores puedan pretender transformar el campo, es decir, las propias “reglas de juego”).

En el caso que nos ocupa, sostenemos que la concepción de lo que son los movimientos sociales y de qué expresiones concretas de la realidad chilena encajan en esa categoría está en relación directa con el modelo de transición (de la dictadura a la democracia) fraguado en la década de los ochenta y con el prototipo de sociedad (posdictatorial) que los distintos investigadores defienden. Nos interesa develar, entonces, las condiciones de producción del conocimiento científico sobre los movimientos sociales y, específicamente, sobre los *pobladores*: ¿En qué contexto se producen los análisis sobre las acciones poblacionales? ¿Qué presupuestos ontológicos, epistemológicos y éticos subyacen a esa producción teórica? Y también, muy especialmente, ¿qué vinculación existe entre una específica construcción teórica de los movimientos sociales y la defensa de determinados

<sup>25</sup> Bourdieu, Pierre. 2000. *Cosas dichas*, Barcelona, Gedisa, p. 138.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 137.

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 138.

<sup>28</sup> Santos, Boaventura de Sousa. 2009. *Una epistemología del Sur. La reinención del conocimiento y la emancipación social*. México, CLACSO/Siglo XXI, p. 54.

proyectos políticos o de sociedad? Por lo mismo, en primer lugar, realizaremos un análisis del campo académico chileno y de las transformaciones que experimentó con posterioridad al golpe de Estado; posteriormente, nos referiremos a la corriente sociológica que se preocupó mayormente del estudio de los pobladores; por último, consideraremos la propuesta de la Historia Social para la comprensión de los movimientos sociales.

### **El campo académico chileno y el estudio de los movimientos sociales en Chile**

El interés académico por los movimientos sociales en Chile ha experimentado altibajos, desde la década de los ochenta, en la que florecieron debates y trabajos centrados en las características de las protestas y movilizaciones sociales contra la Dictadura, pasando por la década de los noventa, caracterizada superficialmente por la desmovilización social y la apatía política (el “no estar ni ahí” de los jóvenes), hasta la actualidad, desde 2006 y más recientemente, a partir de 2011, con las movilizaciones estudiantiles.

La teoría va inevitablemente a la zaga de los hechos históricos, aunque tenga la pretensión de predecirlos. Así, las veintidós jornadas nacionales de protesta popular que se sucedieron entre 1983 y 1986<sup>29</sup>, cuya masividad y radicalidad no dejaron indiferente a nadie –aunque fueron vistas con sorpresa– obligaron a los científicos sociales a ocuparse del estatuto teórico de dicho fenómeno: ¿Existen movimientos sociales en Chile?, se preguntaron algunos sociólogos<sup>30</sup>. De la misma forma, las multitudinarias marchas de los estudiantes durante el año 2011 tampoco pasaron desapercibidas y han sido leídas como el retorno de los movimientos sociales, con mayúscula: se ha considerado al movimiento estudiantil el “principal movimiento social que ha conocido el Chile de los últimos cuarenta años”<sup>31</sup> o el “más significativo de los últimos veinte años de la historia chilena”<sup>32</sup>. Sin embargo, la visibilidad de las acciones colectivas no es razón suficiente para explicar la presencia o la ausencia de estudios sobre ellas, y tampoco las características de esa producción. Si bien es cierto que las jornadas nacionales de protesta inspiraron un cúmulo de trabajos sobre los movimientos sociales, la conclusión de la sociología que hegemonizó esa reflexión fue que *no* existían movimientos sociales en Chile. Empero, el debate académico sobre la cuestión convocó otras voces, que argumentaron en sentido contrario, aunque no lograron imponerse –en el corto plazo– en el contexto académico.

De ahí que sea preciso tratar de descubrir “las determinaciones invisibles inherentes a la postura intelectual en sí misma”<sup>33</sup>. Junto con la inevitable influencia que los acontecimientos históricos ejercen sobre las teorías sociales, resulta imprescindible tomar en consideración las propias condiciones históricas que influyen sobre las construcciones académicas: a) las dinámicas internas de la construcción de las ciencias sociales y de la producción de conocimiento en el marco de una

<sup>29</sup> Salazar, Gabriel. 2006. *La violencia política popular*.

<sup>30</sup> Campero, Guillermo. 1986. “Luchas y movimientos sociales en la crisis: ¿Se constituyen movimientos sociales en Chile?: Una introducción al debate”, en *Los movimientos sociales y la lucha democrática en Chile*, Santiago, CLACSO-UNU, pp. 9-19.

<sup>31</sup> Mayol, Alberto. 2012. *No al lucro. De la crisis del modelo a la nueva era política*, Santiago, Debate, p. 20.

<sup>32</sup> Garcés, Mario. 2012. *El despertar de la sociedad*, p. 137.

<sup>33</sup> *Ibíd.*, p. 115.

estructura determinada; b) la propia adopción de un específico paradigma teórico-metodológico así como las determinaciones consideradas en el concepto de movimiento social; y c) la importancia atribuida a la protesta y la movilización para la realización de proyectos políticos más amplios.

La teoría de los campos nos advierte de que “la lógica que desempeña el análisis científico trasciende largamente las intenciones y las voluntades individuales o colectivas (el complot) de los agentes más lúcidos o los más poderosos, aquellos a los que la búsqueda de ‘responsables’ señala”<sup>34</sup>. Por eso ninguna interpretación científica sobre los movimientos sociales –por ejemplo la de negar su existencia– puede ser evaluada en términos exclusivamente de “traición”, porque ésta no es una explicación propiamente sociológica. Se requiere un análisis del campo académico.

El campo académico chileno sufrió un *golpe* brutal el 11 de septiembre de 1973. Algunas universidades fueron consideradas “un nido de extremistas”<sup>35</sup>; las ciencias sociales, cuya institucionalización databa de fechas recientes fueron estigmatizadas como productoras de “extremistas de ultraizquierda”<sup>36</sup>. La sociología había expresado un fuerte compromiso con el proceso de cambio que experimentaba el país, y buena parte de los sociólogos entendían su labor científica como parte de la construcción de la transición del capitalismo al socialismo. La ciencia social había querido ser una filosofía de la praxis que orientaba la acción transformadora de la realidad. El compromiso asumido por los científicos sociales y la radicalidad de su empresa (que proveía esa otra concepción del mundo que todos los proyectos emancipadores requieren, a la vez que develaba el carácter mistificador de las apariencias y la condición conservadora de las teorías funcionalistas) hizo que fueran identificados como *enemigos* por la dictadura.

Desde el momento mismo del golpe cívico militar se inició un proceso de intervención en las universidades que cercenó la práctica científica, eliminando casi por completo la autonomía del campo académico: se nombró a militares como rectores delegados, se cerraron centros académicos, se eliminaron carreras, se depuraron planes de estudio, se persiguió, exoneró, exilió, torturó, desapareció y asesinó a profesores, a estudiantes y a personal no docente, bajo el pretexto de que su permanencia podía “significar peligro para el orden y seguridad interna [...] que puede incidir en la seguridad nacional”<sup>37</sup> en atención a la afinidad expresada por los afectados “para con dicha ideología”<sup>38</sup>, esto es, con el marxismo. Cabe señalar que, con anterioridad al golpe, si bien el campo académico gozaba de mayor autonomía respecto del campo político, estaba fuertemente jalonado por el impacto que los acontecimientos y las disputas políticas tenían en su interior<sup>39</sup>. La consecuencia de esa débil autonomía es, junto con la intervención militar, la re-traducción en el

<sup>34</sup> Bourdieu, Pierre. 2008. *Homo academicus*, p. 15.

<sup>35</sup> Gómez, Galo. 1977. “La universidad el golpe fascista en Chile”, en *Cuadernos Casa de Chile*, nº 4.

<sup>36</sup> Pinochet, Augusto. 1979. *El día decisivo. 11 de septiembre de 1973*, Santiago, Andrés Bello, p. 95.

<sup>37</sup> Gómez, Galo. 1977. “La universidad...”

<sup>38</sup> *Ibíd.*

<sup>39</sup> De hecho, el proceso de reforma universitaria que estalló en 1967 es la expresión paradigmática de lo anterior. Véase: Cárdenas, Juan Cristóbal. 2016. “Disputas campales. En torno a la biografía intelectual de un sociólogo disruptivo: Eduardo Hamuy Berr (de 1944 a 1973)”, *Los caminos de la sociología crítica y la cuestión de la dependencia. Un registro de sus huellas en Chile y América Latina, Tesis Doctoral*, Programa de Estudios Latinoamericanos, UNAM-México.

campo académico de ese dramático acontecimiento, que se expresará en la propia autocrítica que realizarán inmediatamente algunos académicos respecto de sus prácticas científicas y de su “sometimiento” a proyectos partidistas.

Esa persecución de la ciencia social, y particularmente del pensamiento crítico, provocó el desplazamiento de la investigación social desde las universidades a un conjunto de centros académicos independientes del gobierno y de la estructura universitaria, creados algunos de ellos al amparo de la Iglesia, y con el apoyo financiero de fundaciones extranjeras. En este campo académico extrauniversitario, conformado por un amplio abanico de organizaciones de distinta índole, se re-articuló, parcialmente, la comunidad de científicos sociales. Fue en ese contexto en el que emergió, en la década de los ochenta, la investigación sobre movimientos sociales<sup>40</sup>.

Las profundas intervenciones externas que sufrieron las universidades e instituciones de educación superior bajo la dictadura, que determinaron incluso la emergencia de un campo académico “autónomo”, fuera del control del gobierno, y paralelo o con muy pocos vínculos con el campo académico “formal”, dan lugar a una configuración particular de la producción científica. Que el campo emergente haya sido definido como “independiente” no significa que no hayan existido relaciones económicas y políticas que lo delimitaban. De hecho, resulta significativa la estrecha vinculación con los partidos políticos de la oposición, aun en situación de clandestinidad, así como la dependencia financiera de instituciones extranjeras “interesadas” en apoyar la lucha contra la Dictadura, a su vez, vinculadas a partidos y colectividades políticas de Estados Unidos y Europa, fundamentalmente socialdemócratas o demócrata-cristinas<sup>41</sup>. La desaparición misma de la esfera político-partidaria, durante la Dictadura, hizo que el campo académico-intelectual se convirtiera en el espacio privilegiado de la confrontación de orientaciones y proyectos políticos. Por ello no sería correcto decir que la autonomía respecto de los partidos políticos fue mayor que en décadas pasadas, como tampoco que la sociología pos golpe haya sido menos *comprometida* que la anterior. Con todo, la crisis que provocó el golpe de Estado, una estructura mayormente diversificada y descentralizada, y el relajamiento de las barreras de ingreso, es decir, de los requisitos que toda persona debe cumplir para ser considerada un agente legítimo dentro del campo, contribuyeron a subrayar ciertas problemáticas, como la de los movimientos sociales, y a combinar perspectivas disciplinarias y teórico-metodológicas diversas en una orientación tendencialmente interdisciplinaria.

### **La construcción de los *pobladores*: un campo de batalla**

La noción de campo permite, asimismo, no perder de vista que en el ámbito académico se lleva a cabo una *disputa*. Uno de los elementos centrales de la batalla que tiene lugar de manera sublimada en ese campo –aunque también se desarrolla en otros– son precisamente los sistemas de

---

<sup>40</sup> Véase Bastías, Manuel. 2013. *Sociedad civil en Dictadura. Relaciones transnacionales, organizaciones y socialización política en Chile (1973-1993)*. Santiago: Universidad Alberto Hurtado.

<sup>41</sup> Fruto de la ilegalización de los partidos políticos, la investigación y reflexión en ciencias sociales *blanqueaba*, de alguna forma, la discusión política y la confrontación de alternativas y proyectos de sociedad.

clasificación y “las formas de clasificación son formas de dominación”<sup>42</sup>, por lo que –si esto es así– la sociología del conocimiento es una sociología política o tiene implicaciones políticas. Dicho de otra manera: “La lucha teórica es una lucha política y en ella la guerra por la palabra es fundamental”<sup>43</sup>. La epistemología –en cuanto historicidad de los fundamentos de la ciencia– permite comprender las condiciones sociales de producción de conocimiento, y “la sociología de la sociología es una dimensión fundamental de la epistemología sociológica”<sup>44</sup>. Por ello “la resistencia política [...] necesita tener como postulado la resistencia epistemológica”<sup>45</sup>.

La comprensión sobre un fenómeno particular, como en este caso, las acciones colectivas, y concretamente, los movimientos sociales, no puede escindirse completamente de una visión más amplia sobre la organización de la sociedad y el cambio social, a la luz de la cual se define la relevancia de los mismos. Es decir, “a cada enfoque subyace una concepción más amplia de la sociedad en la que surgen los movimientos y las formas de poder institucionalizado en ellas”<sup>46</sup>. En el caso de los movimientos sociales, esta relación es tanto más notoria por cuanto la acción colectiva se configura en la disputa con ciertos actores sociales para transformar uno o varios aspectos de la sociedad. De ahí que las proposiciones teóricas muchas veces asuman la forma de juicios normativos. Sólo en parte se puede escapar de este sesgo cognitivo, y es a costa de objetivar la propia ciencia social, pues: “La mayoría de los discursos sobre el mundo social apuntan a decir no aquello que las realidades consideradas (el Estado, la religión, la escuela, etc.) *son*, sino lo que valen, si son buenas o malas”<sup>47</sup>.

Sabido es que la oposición partidaria a la Dictadura no constituyó un todo homogéneo por más que la bandera de la “democracia” –como un significante vacío– permitiera aunar muy diversas posiciones y voluntades políticas, y aunque la memoria oficial construida por la Concertación de Partidos por la Democracia, que fue el conglomerado de partidos que hegemonizó aquella bandera tras el triunfo electoral de 1989, haya construido esa imagen de unidad y de buena avenencia. Un examen un tanto más exhaustivo de la oposición a la Dictadura hace emerger inmediatamente múltiples disputas y una esencial, en su seno, acerca de las formas posibles de transición a la democracia y en correspondencia con ello, de los actores legítimos y de las reivindicaciones pertinentes<sup>48</sup>. La explicación y valoración de los movimientos sociales se constituyó en uno de los “escenarios” de la confrontación por cuanto se situaban en el centro de la posibilidad democratizadora de la sociedad. La *sociología transicional* –es decir aquella que investigó y normó la transición pactada como la única posible– relegó a los movimientos sociales a un segundo plano, por medio de una operación conceptual de escisión entre la democracia política (que implicaba el

<sup>42</sup> Bourdieu, Pierre. 2000. *Cosas dichas*, p. 35.

<sup>43</sup> Roitman, Marcos. 2007. *Democracia sin demócratas y otras invenciones*, Madrid, Sequitur, p. 14.

<sup>44</sup> Bourdieu, Pierre y Loïc Wacquant, p.113.

<sup>45</sup> Santos, Boaventura de Sousa. 2009. *Una epistemología del Sur*, p. 179.

<sup>46</sup> Laraña, Enrique. 1999. *La construcción de los movimientos sociales*. Madrid: Alianza, p. 18.

<sup>47</sup> Bourdieu, Pierre, y Loïc Wacquant. 2005. *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI, p. 133.

<sup>48</sup> Un análisis de esas disputas en relación con la producción de conocimiento generado por la ONG ECO, en: Moyano, Cristina. “ONG y conocimiento sociopolítico durante la Dictadura: la disputa por el tiempo histórico de la transición. El caso de los Talleres de Análisis de Coyuntura de ECO, 1987-1992”, en *Revista Izquierdas*, 27, abril 2016, pp. 1-31.

cambio de régimen político) y la democracia social, que requería modificaciones más profundas (del modelo socio-económico), que se postergaban y se condicionaban a la consolidación democrática<sup>49</sup>. Este tipo de transición privilegió necesariamente los acuerdos políticos y los pactos inter-élites y desplazó a un segundo lugar, subordinándolas a la estrategia de la negociación, a las movilizaciones sociales.

Algunos estudios ya han indagado la vinculación de los sociólogos (*transitólogos*) que construyeron este marco conceptual para comprender y producir la transición, y negar la existencia de movimientos sociales, con los partidos políticos que conforman la Concertación de Partidos por la Democracia, y que una vez en la posdictadura, comenzaron a asumir posiciones de gobierno. La literatura al respecto los define como *technopols*, porque combinan elevadas capacidades técnicas (y másteres y doctorados en el extranjero) con posiciones de liderazgo político y ejercicio directo del poder político<sup>50</sup>. El predominio de los expertos contribuye a la *naturalización* de una forma política, al aparecer las decisiones políticas desprovistas de elementos subjetivos y de visiones del mundo en conflicto, y recubiertas de parafernalia técnica y científica, aparentemente objetiva, neutral y externa a los intereses de quien las defiende.

En la reflexión teórica sobre los movimientos sociales por parte de esta sociología es posible encontrar una de esas típicas estrategias de la construcción de la realidad social a las que alude Bourdieu: “Construir el futuro, por una predicción creadora destinada a delimitar el sentido, siempre abierto, del presente”<sup>51</sup>. Frente a las varias posibilidades que se presentaban en la lucha antidictatorial, la apuesta de un cierto sector por una salida negociada requería instituir la como la única factible en la práctica y, por tanto, la única real. Para ello la construcción científica sobredimensionó los elementos de irracionalidad, emotividad, explosividad, desorganización, violencia, ausencia de objetivos, de programa, etc., de las expresiones de protesta y de autoorganización de los sectores populares. Esto es, enfatizó la dimensión “destruccionista” del movimiento popular. Por el contrario, la práctica política de los partidos (que trabajaban por la negociación con el dictador y con la derecha política) era presentada como racional, instrumental, coherente, moderada, esto es, como constructiva, propositiva. La sociología contribuyó a construir un orden según el cual el pacto y la negociación son lo natural, lo prudente, lo deseable. La insubordinación de los movimientos que pugnaban por una transformación efectiva del modelo económico, político y social construido por la Dictadura, era presentada como utópica y peligrosa por aquellos análisis. La tarea de los movimientos sociales, y de los intelectuales que se reconocen parte de ellos, ha sido desde entonces extender el límite de lo políticamente posible, que comienza por lo *pensable*.

---

<sup>49</sup> Véase: Iglesias, Mónica. 2015. “Lo social y lo político en Chile: Itinerario de un desencuentro teórico y práctico”, *Izquierdas*, nº 22, enero, pp. 227-250.

<sup>50</sup> Acerca del concepto de “*technopol*” véase Joignant, Alfredo. 2012. “La razón de Estado: usos políticos del saber y gobierno ‘científico’ de los ‘*technopols*’ en Chile (1990-1994)”, en Ariztía, Tomás. *Produciendo lo social. Usos de las ciencias sociales en el Chile reciente*, Santiago, Universidad Diego Portales, pp. 311-348.

<sup>51</sup> Bourdieu, Pierre. 2000. *Cosas dichas*, p. 137.

La otra de las más típicas estrategias de construcción de la realidad social es aquella que “apunta a reconstruir retrospectivamente un pasado ajustado a las necesidades del presente”<sup>52</sup>. Ésa ha sido también recurrentemente empleada por los sociólogos transitólogos, en las décadas más recientes, que necesitan continuamente reafirmar la idea de que la única salida posible a la Dictadura era aquella por la que se optó, y por lo tanto, revalidar su acción y su pensamiento para conservar su posición de dominio en el campo académico y en el campo político.

### **La sociología *renovada*: negación y subordinación de los movimientos sociales**

La discusión sobre movimientos sociales, y específicamente sobre los *pobladores*, se nucleó, en gran medida en torno al centro académico independiente SUR Profesionales y a la revista *Proposiciones*, de su patrocinio<sup>53</sup>. El debate acerca de las luchas de los *pobladores* consideró dos aristas principales: en primer lugar, se actualizó la necesidad de clarificar los vasos comunicantes entre la clase obrera y los *pobladores*, para determinar hasta qué punto el llamado “movimiento poblacional” no era sino, en el mejor de los casos, una fracción o una expresión articulada y dependiente del movimiento obrero. En este sentido, siguiendo los presupuestos de la sociología de la acción de Alain Touraine, se cuestionó la debilidad de la identidad de los *pobladores*, su auto-identificación como obreros y su voluntad de ser integrados al sistema social y económico –en lugar de una presupuesta tendencia rupturista–<sup>54</sup>; también su incapacidad de definir un oponente en términos sociales y la apelación al Estado como garante de derechos sociales<sup>55</sup>, así como la falta de un proyecto de sociedad alternativa, pues convivían en su seno múltiples orientaciones<sup>56</sup>.

En segundo lugar, se consideró que, teniendo en cuenta la ubicación *marginal* de los *pobladores*, jamás éstos podrían constituir por sí mismos un movimiento social: “La constitución de los pobladores en un actor colectivo –o más bien dicho, la constitución de múltiples actores colectivos en un medio internamente segmentado, como es el marginal– no va a depender tanto de factores internos, como del contexto político-institucional que se consolide en Chile en el futuro”<sup>57</sup>. Los análisis giraron, entonces, en torno de la caracterización de las acciones de los *pobladores* como expresión de conductas *desviadas*, incapaces de configurar un actor sociopolítico autónomo y legítimo pues, a su juicio, se movían pendularmente entre el *retraimiento social (comunitarismo)* y las acciones *vandálicas* y

<sup>52</sup> Ídem.

<sup>53</sup> También en Flacso abundaron los análisis sobre los movimientos sociales. Mientras SUR se enfocó en el proceso de constitución del sujeto, la Flacso se interesó en las movilizaciones y protestas desde una perspectiva más institucional, preguntándose por el lugar que aquellas debían y podían desarrollar en el proceso de transición (pactada) a la democracia.

<sup>54</sup> Tironi, Eugenio. 1991. “Pobladores en Chile: protesta y organización”, en Schatan, Jacobo et ál. *El sector informal en América Latina. Una selección de perspectivas analíticas*, México, CIDE, p. 163.

<sup>55</sup> Campero, Guillermo. 1987. “Organizaciones de pobladores bajo el régimen militar”. *Proposiciones*, nº 14.

<sup>56</sup> Espinoza, Vicente. 1986. “Los pobladores en la política”, en Varios Autores. *Los movimientos sociales y la lucha democrática en Chile*, Santiago, CLACSO-ILET, pp. 31-52.

<sup>57</sup> Tironi, Eugenio. 1990. *Autoritarismo, modernización y marginalidad. El caso de Chile 1973-1989*, Santiago, SUR, p. 227.

*delincuenciales*. Todo ello indicaba que los *pobladores* en ningún caso constituían un movimiento social en sí mismo, sino apenas un “deseo de movimiento social”<sup>58</sup>, la “desintegración de un *movimiento social imposible*” o incluso un “antimovimiento social”<sup>59</sup>.

Los sociólogos de SUR, siguiendo al francés, afirmaron que en Chile “no hay movimientos sociales propiamente tales, esto es, acciones colectivas sistemáticas dirigidas contra un antagonista también social en un campo cultural e institucionalmente regulado”<sup>60</sup>. De acuerdo con Cortés<sup>61</sup>: “Se establece, así, una idealización teórica de lo que debe ser un movimiento social que termina por descalificar las expresiones reales de los movimientos. El concepto comienza a ser más importante que la realidad misma”.

Quien mejor sintetizó la conclusión de este grupo de académicos fue, quizás, el sociólogo francés François Dubet:

“A causa de la exclusión y de su marginalidad, nunca los pobladores han podido constituir un real movimiento social, y es sólo de manera metafórica e ideológica que algunos han llegado a analizar las luchas de los marginales en los mismos términos que una acción de clases o el movimiento obrero. De la misma manera, nunca la lucha de los pobladores ha podido ser identificada como una lucha revolucionaria capaz de impulsar un cambio de tipo de sociedad”<sup>62</sup>.

Nótese, por un lado, la referencia explícita al movimiento obrero, como prototipo de movimiento social; y, por otro, la consideración reprobatoria, también categórica, de la lucha *poblacional*, negándole la capacidad de producir transformaciones sociopolíticas significativas. Desde esta perspectiva, más allá de las restricciones impuestas por el contexto dictatorial para la constitución de sujetos sociales *autónomos* –ausencia de libertades políticas y de espacios democráticos, y débil o nula institucionalización de procedimientos para regular el conflicto–, los *pobladores* no podían constituir un movimiento social debido a sus *propias* limitaciones.

Las conductas de los *pobladores*, definidas como *anómicas* y *desviadas*, podían expresar su *inadaptación* o *comportamiento antisocial* de distintas maneras: ya fuera en su *ensimismamiento* o en su *violencia desatada*, en el *retraimiento comunitario* o en las *acciones delincuenciales*. Además, la anomia suponía la falta de integración interna; algo que se reflejaba en la diversidad de expresiones que adoptaba la acción de los *pobladores*, y que conspiraba contra la unidad del movimiento porque “pese al esfuerzo muchas veces heroico de los activistas, la lucha de los pobladores bajo el autoritarismo adoleció de una extrema desarticulación y jamás logró dar origen a *un genuino movimiento social*”<sup>63</sup>.

---

<sup>58</sup> Tironi, Eugenio. 1991. “Pobladores en Chile”, p. 150.

<sup>59</sup> Touraine, Alain. 1989. *América Latina: Política y Sociedad*. Madrid, Espasa-Calpe, p. 248.

<sup>60</sup> Tironi, Eugenio. 1986. “Para una sociología de la decadencia”, *Proposiciones*, nº 12, p. 15.

<sup>61</sup> Cortés, Alexis. 2014. “Favelados e pobladores nas ciências sociais: A construção teórica de um Movimento Social”, *Tesis para optar al grado de Doctor en Sociología*, Rio de Janeiro, Universidade do Estado do Rio de Janeiro, p. 254, traducción propia.

<sup>62</sup> Dubet, François. “Las conductas marginales de los jóvenes pobladores”. *Proposiciones* nº14, p.98.

<sup>63</sup> Tironi, Eugenio. 1990. *Autoritarismo, modernización y marginalidad*, p. 210, cursivas mías.

En definitiva, esta diversidad de “orientaciones” entre los *pobladores* organizados y movilizados, redundaba en la imposibilidad de que sus acciones los constituyeran en un *actor social*, en un *movimiento social*, porque les restaba homogeneidad en sus rasgos constitutivos y en sus lógicas de acción:

El “movimiento” a nombre del cual hablan y actúan los militantes que tomaron parte en nuestros grupos de IS [Intervención Sociológica], es un movimiento que no tiene existencia real; lo que parece unido en las intenciones, se revela en la realidad profundamente desarticulado. Los militantes “reivindicativos” y “comunitarios” hablan un *lenguaje esencialmente social*: el de las necesidades y de los valores; los militantes “populistas” y “revolucionarios”, en cambio, razonan en *términos puramente políticos y estratégicos*<sup>64</sup>.

Por ende, lo que estos autores advertían era que el denominado movimiento de *pobladores* – que, a su parecer, constituía “más un deseo de construir que una realidad”<sup>65</sup> – actuaba más como la expresión, a nivel *poblacional*, de “las distintas tendencias ideológicas nacionales que como intérprete de posiciones sociales homogéneas” de ese mundo<sup>66</sup>. Y, así, concluyeron que “las lógicas de acción que conviven en el *movimiento de pobladores* no logran pues constituirlo como un movimiento social”<sup>67</sup>; y que “no se puede hablar de los pobladores como movimiento ni tampoco, todavía, se puede hablar de los pobladores como *actor válido*”<sup>68</sup>. El “desliz” del sociólogo no puede ser más revelador: la validez que le negaba a los *pobladores* aludía a su falta de legitimidad para participar en el diseño de la transición, en la negociación política. Y es que a pesar de las tempranas alabanzas a la sociedad civil como espacio privilegiado para la reconstrucción de la sociedad, y a la emergencia de actores diversos descentrados de la figura del proletariado industrial y más autónomos de los partidos políticos, esta vertiente sociológica consideró que “sin el Estado –y que decir contra el Estado–, no hay modo de levantar un ‘movimiento de pobladores’ ”<sup>69</sup>.

La pluralidad de “orientaciones” que hemos referido se plasmaba, asimismo, en la ausencia de programa político: los *pobladores* carecían de la suficiente claridad estratégica para concretar, en una propuesta *orgánica*, sus aspiraciones políticas, económicas y culturales. Por lo tanto, no existía, desde esta perspectiva, un proyecto de transformación social, sino huidas a la comunidad, demandas clientelares al Estado o rebeliones vandálicas. Por eso, concluía Espinoza: “A los pobladores se les asigna un rol destacado en el proceso del derrocamiento de la Dictadura pero, en la conformación del proyecto hacia futuro, tienen un rol *subordinado* a la conducción de la *clase obrera*”<sup>70</sup>. Esto es, en la difundida expresión de la época: había *protesta*

---

<sup>64</sup> *Ibíd.*, p. 220.

<sup>65</sup> Bengoa, José. 1987. “La educación para los movimientos sociales”, p. 19.

<sup>66</sup> Tironi, Eugenio. 1987. “Pobladores e integración social”. *Proposiciones*, nº 14, p. 74.

<sup>67</sup> *Ídem.*

<sup>68</sup> Espinoza, Vicente. 1983, p. 74, cursivas mías.

<sup>69</sup> Tironi, Eugenio. 1990. *Autoritarismo, modernización y marginalidad*, p. 222.

<sup>70</sup> Espinoza, Vicente. 1983, p. 73, cursivas mías.

*sin propuesta*. De ahí la siguiente inferencia: “Tenemos acción, tenemos organización, pero lo que falta es proyecto”<sup>71</sup>.

La *centralidad de los marginales*<sup>72</sup> en la resistencia contra la Dictadura forzó su consideración por parte de la sociología, como lo demuestra la profusión de trabajos y eventos para examinar y discutir sobre los movimientos urbano-populares, en el contexto nacional y regional<sup>73</sup>. La conclusión de esta perspectiva sociológica fue que durante la dictadura “el ‘movimiento de pobladores’ no pudo alcanzar la dimensión de un movimiento social con identidad, adversario y proyecto definidos”<sup>74</sup>:

“Los pobladores, en efecto, son vistos como un foco de demandas económico-sociales que pueden arrastrar en cualquier momento a estallidos de violencia, lo que desde un punto de vista democrático sería doblemente disfuncional: de una parte, la “violencia de los pobladores” estimula en la sociedad las demandas autoritarias, lo que bloquea la transición; y de otra, está la posibilidad de que ella se haga incontenible con el fin del autoritarismo, lo que va en contra de la consolidación del nuevo régimen democrático. ‘Qué hacer’ con los pobladores, por lo tanto, se ha transformado en una de las grandes preocupaciones de la clase política chilena”<sup>75</sup>.

Con ello, escamoteaba legitimidad social y política a los protagonistas de la movilización social para participar activamente en los procesos de democratización de la propia sociedad y no sólo en la reforma del Estado. Habría sido, entonces, el *basismo* o *movimientismo* de algunos intelectuales “insatisfechos de las formas de acción política anteriores y *agentes principales*<sup>76</sup> de la protesta moral contra la dictadura” que “apoyan esos movimientos y los presentan como factores de rejuvenecimiento y de extensión de la democracia”<sup>77</sup> los que habrían creado la *ilusión* de que se formaban *auténticos* movimientos sociales en Chile cuando los fenómenos descritos “no son de la misma naturaleza que las luchas generales entre adversarios sociales, a las que casi siempre se reconoce el nombre de movimientos sociales. Aquí hablamos de movimientos de base, o incluso sublevaciones, pero *no de movimientos sociales*”<sup>78</sup>.

El complemento de la sociología *negacionista* es, lo que en ocasiones se ha llamado sociología *transicional*: ésta enfoca su análisis de los movimientos sociales desde el punto de vista del lugar que ocupan en la estrategia de la *transición a la democracia*. El análisis de los actores sociales desde la perspectiva de la transición no reflexiona tanto sobre las

---

<sup>71</sup> Espinoza, Vicente. 1983, p.74.

<sup>72</sup> Touraine, Alain. 1987. “Conclusión: La centralidad de los marginales”, en *Proposiciones*, nº 14, pp. 214-224.

<sup>73</sup> Calderón, Fernando. 1986.

<sup>74</sup> Tironi, Eugenio. 1990. *Autoritarismo, modernización y marginalidad*, p. 222.

<sup>75</sup> *Ibíd.*, p. 181.

<sup>76</sup> La reprobación de que esos intelectuales serían los “agentes principales” de la protesta, recupera la crítica de la figura del intelectual comprometido; aquéllos serían una suerte de “nuevos intelectuales orgánicos de los movimientos sociales”. Y su “compromiso” estaría dificultando su capacidad crítica.

<sup>77</sup> Touraine, Alain. 1989, p. 243, las cursivas fueron puestas por la autora.

<sup>78</sup> *Ibíd.*, p. 245, las cursivas fueron puestas por la autora.

características que hacen de una determinada acción colectiva un movimiento social sino que, compartiendo con la primera la opinión de que no existían en el Chile de los ochenta movimientos sociales “propriadamente tales”, examina el papel que las movilizaciones y protestas deben jugar en aquella estrategia política –la transición política–, y por añadidura, el rol de los movimientos sociales en el sistema democrático.

Los científicos sociales compartieron y discutieron los presupuestos y los *pasos* necesarios en el proceso de la recuperación democrática, dando lugar a un pensamiento especializado en la llamada *transición a la democracia*, que constituye una “rama” específica de las ciencias sociales y políticas, nombrada como “transitología”. Ésta se preocupa por entender los procesos de transformación de los regímenes políticos, principalmente en el caso de la salida de un régimen dictatorial, y por allanar el camino para que dicha transición sea “exitosa”<sup>79</sup>. Tiene por lo tanto un claro fin *performativo* y *normativo*. Los estudios sobre la transición constituyen, a decir de Garretón, un “libreto” que al menos Chile siguió al pie de la letra: “Estamos presenciando los fenómenos típicos que se dan en este tipo de proceso y [...] se ha seguido paso a paso el ‘libreto’ de las transiciones”<sup>80</sup>.

De acuerdo con los *transitólogos*, la transición se refiere exclusivamente a la democracia política, es decir, al cambio de régimen, dejando pendientes para una etapa posterior los problemas de *democratización social*, referidos a los “cambios sociales tendientes a la mayor igualdad de oportunidades y a la participación social”<sup>81</sup>, que se verifican durante la “consolidación democrática”<sup>82</sup>. Algo así como una democratización *en dos pasos*: primero la restauración del sistema político liberal, después la transformación socioeconómica y del propio marco institucional dictatorial, *desde su interior*. Desde esta perspectiva, el gran logro de la Concertación fue haber sido capaz de dejar de lado las “cuestiones éticas” e insertarse en la institucionalidad dictatorial, con la pretensión (aparentemente) de cambiarla *desde dentro* en un momento posterior<sup>83</sup>. Por eso Garretón reprueba la actitud de los sectores de la oposición que no estaban dispuestos a dejar de lado aquellas cuestiones para negociar con la dictadura:

“Ahora bien, si por razones éticas y políticas bien fundadas, no se quiere negociar con Pinochet [...] o si se piensa, también con razones bien fundadas, que Pinochet no negociará en ningún

---

<sup>79</sup> El éxito se mide aquí exclusivamente por la consolidación del reemplazo de un régimen político por otro; desde ese ángulo, la transición chilena ha sido altamente exitosa, pues exorcizó el peligro de restauración de la conducción política directa por parte de los militares (Garretón, Manuel Antonio. 1993. “La redemocratización política en Chile: transición, inauguración y evolución”. Santiago: Flacso).

<sup>80</sup> Garretón, Manuel Antonio. 1990. “Las condiciones socio-políticas de la inauguración democrática en Chile”, *Working Paper*, nº 142, junio, The Helen Kellogg Institute for International Studies.

<sup>81</sup> Garretón, Manuel Antonio. 1993. Óp. Cit., p. 3.

<sup>82</sup> *Ibid.*, p. 4.

<sup>83</sup> Garretón, Manuel Antonio. 1993. “Aprendizaje y gobernabilidad en la democratización chilena”, en *Nueva Sociedad*, nº 128.

caso, entonces, hay que aceptar que no habrá transición hasta 1989. Porque no hay otra salida que no sea con negociación, impuesta, forzada, pero negociación al fin”<sup>84</sup>.

Los transitólogos chilenos debieron definir cuáles eran los problemas fundamentales que la oposición debía resolver, de cara a la transición política, a saber: *qué actores políticos* —o no políticos, pero con un rol político en esa coyuntura— iban a jugar un papel relevante en la transición; *qué modalidades de acción política* debían privilegiar, cuáles subordinar y cuáles descartar, y *qué acontecimientos* constituirían los hitos políticos que marcaban el camino de la transición. Con base en lo anterior concluyeron que los partidos políticos, las fuerzas armadas y la Iglesia debían ser los actores privilegiados; que debían combinar la movilización social con la negociación política, con fuerte preeminencia de la segunda; y que las fechas que establecía la propia Constitución *pinochetista* definirían la hoja de ruta. En definitiva, como ha señalado el historiador Mario Garcés<sup>85</sup>, propusieron “una salida ‘a la chilena’, un pacto en las alturas, sin pueblo, para retornar y hacer posible el viejo ‘Estado en forma’ y una democracia restringida o, mejor aún, con realismo político”. Por eso, desde esta perspectiva, los estudios indagaron fundamentalmente las potencialidades de los actores sociales para coadyuvar a la recuperación de la democracia, o mejor, a la democratización política, esto es, a la recuperación de un régimen de partidos. En este sentido, su papel estaba claramente circunscrito y subordinado a la estrategia de los actores centrales del proceso: las élites políticas. Es en este contexto donde se ubican los análisis específicos acerca del papel que los movimientos sociales deberían desempeñar en la transición a la democracia, e implícitamente de lo que son o deben ser los movimientos sociales.

### **La Nueva Historia Social y el protagonismo popular**

La Nueva Historia emerge, en cierta forma, como una respuesta a una concepción estrecha y excluyente de la *clase obrera* que había invisibilizado a otros actores populares y sus luchas; y se “foguea” en la disputa con la sociología *renovada* que, parapetada tras el concepto de movimiento social, infravalora las luchas de los *pobladores*. Es decir, nace queriendo servir al “bajo pueblo” porque considera que “la turba marginal ha sido, en los últimos siglos, el eterno invitado de piedra, la barbarie intrusa que aparecía (y aparece) invariablemente en momentos de desorden, acompañando las protestas urbanas de los actores integrados y civilizados”<sup>86</sup>. Hay una insistencia tenaz, sobre todo en la perspectiva *salazariana*, en mostrar cuán diferentes han sido históricamente, los espacios en los que se *mueve* la “masa marginal” o el “bajo pueblo” y aquellos que frecuenta el movimiento obrero, así como la distancia “insalvable” en las lógicas que los rigen, las tácticas que emplean, las necesidades que los aquejan, etc. Y aún más, en demostrar cómo el proletariado (industrial), o sus intelectuales, han encabezado el esfuerzo por distinguir(se) de esos

<sup>84</sup> Garretón, Manuel Antonio. 1987. “1986-1987. Entre la frustración y la esperanza. Balance y perspectivas de la transición a la democracia”. *Documento de Trabajo*, n° 329. Santiago: Flacso, enero, p. 12.

<sup>85</sup> Garcés, Mario. 2012. *El despertar de la sociedad*, p. 23.

<sup>86</sup> Salazar, Gabriel. 2012. *Movimientos sociales en Chile. Trayectoria histórica y proyección política*, Santiago, Uqbar, p. 154.

otros sectores populares por considerarlos inferiores, despreciándolos y descartándolos como compañeros de lucha. Esos *otros* fueron vistos como “la nunca fenecida ‘ciudad bárbara’. El ancho y profundo estrato fangoso del ‘lumpen’. El mundo de los seres abominables que no podían ni debían confundirse con el pueblo ‘consciente’”<sup>87</sup>.

Salazar está discutiendo con los “Touraine’s Boys”<sup>88</sup>, es decir, con los académicos que negaron el carácter de actor social y, por lo tanto, la legitimidad de un amplio abanico de expresiones de protesta y resistencia sociopolítica, por todos los motivos aludidos en el pasaje citado arriba; con un grupo de militantes y políticos que se hicieron eco de esas interpretaciones y que actuaron en consecuencia, ninguneando y despreciando a esos actores sociales y desbancándolos de los espacios de discusión y de la toma de decisiones.

Frente a ellos, la Nueva Historia no plantea el examen del actor social desde fuera, desde la distancia metodológica, desde la neutralidad valorativa, tratando de definir sus contornos, de delimitar su alcance, sino desde “dentro” de los sectores populares, “en un intento por percibirlo desde el interior de su identidad”<sup>89</sup>; porque los investigados no son “objeto” sino “sujeto”, y como tal crean y recrean –de manera más o menos consciente– su propia historia, misma que el científico puede ayudar a rescatar, explicitar, ordenar y problematizar. Pero, aun desempeñando papeles diferenciados, el “nuevo historiador” y los actores sociales están involucrados en un mismo *proceso* constante e inacabado de autoaprendizaje y de autoeducación.

Esta manera de mirar a los actores sociales requiere, además, *otorgarles razón*; concebirlos como sujetos *racionales* capaces de actuar conforme a principios y a fines que estructuran una lógica interna y no como meras “masas”, carentes de toda racionalidad y en todo caso, moldeables desde “afuera”. Es decir, concederles el carácter de “actor social” y en consecuencia, la capacidad de acción razonada y de reflexión. Los científicos, intelectuales y políticos a menudo han negado el carácter racional de las acciones emprendidas por “los de abajo”, incapaces de (o no interesados en) desentrañar su lógica interna<sup>90</sup>. Desde la teoría de los movimientos sociales, y desde distintas (e incluso enfrentadas) corrientes de pensamiento, se ha procedido en distintos momentos de la historia a “juzgar” a los que protestan, exigen, se rebelan, o se enfrentan, y a determinar *desde*

---

<sup>87</sup> Salazar, Gabriel. 2012, *Movimientos sociales en Chile*, p. 168-169. Para profundizar en la fractura historiográfica que supone la Nueva Historia Social véase: Valderrama, Miguel. 2001. “Renovación Socialista y Renovación Historiográfica”, en *Debates y Reflexiones. Aportes para la investigación social*, n° 5, PREDES, Universidad de Chile, pp. 23-38.

<sup>88</sup> *Ibíd.*, p. 59.

<sup>89</sup> Actas del Seminario de Historia de Chile 1986, p. 168.

<sup>90</sup> Los prolegómenos de las teorías (específicas) sobre movimientos sociales fueron construidos sobre los supuestos del carácter emocional, instintivo, espontáneo e irreflexivo de las acciones de protesta y/o de rebelión. Lo cual contribuyó a despertar un temor fundado en la condición impredecible e irracional de ese tipo de expresiones populares. Más tarde, los estudios avanzaron en la caracterización de los movimientos sociales como “empresas” racionales, erigidas en torno a medios y fines, pero a costa de reducir la racionalidad al cálculo de costos y beneficios, al pensamiento de tipo instrumental. Por otra parte, algunas expresiones del llamado “marxismo estructural” contribuyeron a menospreciar el carácter racional de los movimientos sociales, no por la vía directa de negarlo, sino por la colateral de otorgar preeminencia a los desajustes estructurales y a la inevitabilidad de la crisis del capitalismo, restándole importancia a la capacidad de los propios actores sociales de definir los problemas y construir las alternativas, así como de crear identidades sociales y elaborar proyectos políticos.

*afuera* el peso específico que la razón tiene en su actuar, confiriéndoles el rótulo de “movimiento social” o negándoles tal título, como hiciera la sociología *renovada* en Chile.

La ruptura epistémica que se expresó en la Nueva Historia implicó una serie de desplazamientos, abandonos y reafirmaciones. La primera de esas opciones estratégicas supuso desprenderse de cualquier atisbo de pretendida neutralidad valorativa en el quehacer científico. Una vez ratificadas las implicaciones políticas de toda ciencia social, el siguiente paso suponía explicitar desde dónde, con quién y para qué se construye conocimiento, y aquí el historiador social adoptó decididamente el punto de vista de los sectores populares para en palabras de Salazar, “construir una *mirada teórica* distinta a la que nos ha regido en la academia”<sup>91</sup>, a cuyos ojos el movimiento de *pobladores* había carecido de una existencia real. En este caso, la reposición de los sectores populares como actores centrales de la historia vino de la mano de la modificación del *locus* epistémico. Es decir, fue al mudar el lugar desde donde se pensaba la historia y la transformación de la sociedad que otros actores pudieron emerger como auténticos *protagonistas de la obra*. Partiendo de la premisa de que “no existe una posición privilegiada para conocer”<sup>92</sup>, la epistemología que subyace en la Nueva Historia supera la división canónica de la ciencia social moderna entre el investigador y su “objeto de estudio” –que pasa a ser considerado como “sujeto de acción”<sup>93</sup>–. Y se devela también la esterilidad –y aun la falsedad– de la ciencia por la ciencia, buscando “una mirada teórica que se hace acción teórica”<sup>94</sup>; esto es, que entiende todo saber (praxis cognitiva) como un momento de la praxis transformadora, en una simbiosis imprescindible y fecunda.

### **La afirmación de la afirmación: opción epistemológica y política**

Frente a una concepción de los sectores explotados, dominados y marginados del sistema, en términos predominantemente de lo que en ellos está *negado*, de lo que *no son*, de lo que *no tienen*, de lo que *no dicen*, de lo que *no pueden*, Salazar recupera la visión estrictamente *marxiana* al subrayar el aspecto positivo, “la posición o autoafirmación y autoconfirmación que va implícita en la negación de la negación”<sup>95</sup>, porque el “ser” se afirma a sí mismo al negar lo que lo niega, y en esa lucha ya están presentes –en proceso *incesante* de construcción– las identidades y los proyectos de los sectores populares. Así, propone una mirada del movimiento popular centrada “en la *afirmación de la afirmación*. O sea: centrada en ‘lo propio’ (no en lo ajeno o en el enemigo), en la ‘identidad’ (no en la alienación), y en el ‘poder’ que emana de la solidaridad y la mirada colectiva”<sup>96</sup>. Por esta vía, el análisis de los movimientos sociales se sustenta no tanto en la historia de miserias y carencias del “bajo pueblo”, sino sobre todo en los aspectos positivos –*afirmativos*– que dichos sectores

<sup>91</sup> Salazar, Gabriel. 1985. *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*, Santiago, SUR, p. 15.

<sup>92</sup> Salazar, Gabriel. 1999. “Sobre unas críticas indirectas a la Historia Contemporánea de Chile”, *El Mercurio*, 6 de junio.

<sup>93</sup> Salazar, Gabriel. 1985. *Labradores, peones y proletarios*, p. 18.

<sup>94</sup> *Ibíd.*, p. 15.

<sup>95</sup> Marx, Karl. 1962. “Manuscritos económico-filosóficos”, en Marx, Karl y Friedrich Engels. *Escritos económicos varios*, México, Grijalbo, p. 110.

<sup>96</sup> Salazar, Gabriel. 1985. *Labradores, peones y proletarios*, p. 17.

potencian para garantizar su vida. Por ende, sobresalen sus prácticas de solidaridad, de compañerismo, de ayuda mutua; experiencias que cimentan su identidad y aseguran su sobrevivencia.

Lo anterior no significa que el movimiento popular, o el pueblo, sea pensado exclusivamente a partir de sus rasgos y prácticas afirmativas<sup>97</sup>; al contrario, conviven en su seno esas cualidades con las tendencias a la asimilación, al acomodo y a la subalternización. El proceso de afirmación “lleva, por tanto, en su entraña su contraposición”<sup>98</sup>. Quizás el reconocimiento más franco de ese carácter *contradictorio* del pueblo sea el que realizara Salazar en su tesis doctoral al referirse a sus vivencias personales: “Mi infancia se pobló densamente de las imágenes proyectadas por la sociedad ‘de la esquina’: hombres, mujeres, niños, perros, harapos, tarros, hambre, frío, riñas, heridas, alcohol, pero sobre todo, calor humano. Calor humano que emanaban esos hombres y mujeres cada vez que percibían cerca de ellos el aliento inconfundible de la solidaridad”<sup>99</sup>. Es esta *identidad solidaria* la que el historiador asume como médula de su labor investigativa. Y es en virtud de ello que el movimiento popular se constituye como el *reducto* desde donde pensar la transformación del sistema, pues es expresión de lo que está negado por él y, a la vez, *afirmación* de otro mundo posible, ya que “comporta principios sociales alternativos y eventualmente superiores de reintegración y redemocratización de la sociedad”<sup>100</sup>.

No cabe duda de que, desde esta perspectiva, es precisamente la resistencia de los *pobladores* y su capacidad socio-constructiva lo que resulta de particular interés, desechando la atribución de tendencias auto-destructivas *per se*. Por ende, la interpretación de las prácticas comunitarias y de las protestas de los ochenta debía ser radicalmente distinta de la que defendieron los sociólogos a los que nos hemos referido en el capítulo anterior. De entrada, los historiadores sociales evidenciaron el trasfondo eurocéntrico y elitista de los análisis de los *pobladores* que contraponían la barbarie y la irracionalidad, a la modernidad y la civilización<sup>101</sup>. Y denunciaron, a su vez, la estrechez del concepto de movimiento social al ser reducido, de manera más o menos explícita, al de movimiento obrero, con las consecuencias políticas que dicha simplificación comportaba. Por el contrario, Salazar sostiene:

“Que el proletariado industrial sea la identidad social ‘ideal’ –en tanto estrato masivamente dependiente de un salario– para situar los objetivos populares de liberación, *no significa que los que no son dependientes de un salario carezcan de identidad social y de capacidad para ‘entrar’ en la lucha de clases*. En un país como Chile, tan coaccionado por ‘desviaciones

<sup>97</sup> Como ha pretendido una lectura superficial y a menudo (mal) intencionada de los trabajos de Salazar, con el propósito de atribuir a su perspectiva un “reduccionismo esencialista”. Sobre la formulación más explícita de la crítica y la respuesta del propio historiador, ver el prefacio a la segunda edición de su libro *La violencia política popular*, pp. 5-24. Otro cuestionamiento en el mismo sentido, pero desde la propia historia social, en Grez, Sergio. 2005. “Escribir la historia de los sectores populares. ¿Con o sin la política incluida? A propósito de dos miradas a la historia social (Chile, siglo XIX)”, *Política*, nº 44, pp. 17-31.

<sup>98</sup> Marx, Karl. 1962, p. 110.

<sup>99</sup> Salazar, Gabriel. 1985. *Labradores, peones, proletarios*, p. 19.

<sup>100</sup> Salazar, Gabriel. 2006, *La violencia política popular*, p. 307.

<sup>101</sup> Salazar, Gabriel. 2012. *Movimientos sociales en Chile*, p. 154.

desestructurantes’, los ‘sectores independientes’ copan la mayor parte del ‘polo popular’ de la lucha. Y por su independencia, acaso, se hallan eventualmente más ‘libres’ para entrar en la lucha. Pues, para la mayoría de los casos, esa independencia ‘consiste’ en la extrema pobreza, la máxima opresión y la suprema desviación, o sea, en el fondo ‘definitorio’ de lo que es en sí mismo el ‘bajo pueblo’<sup>102</sup>.

Para una gran parte de la izquierda chilena la constatación de la disminución de la *clase en sí* (en términos cuantitativos proporcionales) y el deterioro de la *clase para sí* (en cuanto a conciencia, organización y proyección política), hizo que quedara sin “objeto” de estudio y sin sujeto revolucionario, con la sensación de orfandad a la que aludía Faletto<sup>103</sup>. La jibarización de la clase obrera industrial entrampaba, de acuerdo con los análisis tradicionales, las posibilidades de la recuperación democrática en el contexto dictatorial. Frente a ese vacío histórico y teórico, la mirada de la Nueva Historia llama la atención, en primer lugar, sobre el hecho que en la historia de Chile, aun habiéndose estructurado una clase obrera significativa en términos cuantitativos y cualitativos, con organizaciones potentes, aquélla nunca fue mayoritaria dentro de los sectores populares. Por lo tanto, junto con las tendencias estructurales propias del desarrollo capitalista que impulsaron la proletarianización de los trabajadores y su organización sindical, estuvieron siempre presentes las “desviaciones desestructurantes” que, aunque desviaciones, siguieron siendo “normales”. Esas desviaciones provocaron permanentemente la existencia de una amplia masa de trabajadores no asalariados de los más variados tipos. Y ese conjunto multiforme, diverso y cambiante fue el que se vio acrecentado con las políticas económicas neoliberales implementadas por la Dictadura, cuando “se abultó a tasas record el subsistema popular de tipo ‘arcaico’ (léase: ‘peonaje’)”<sup>104</sup>.

El calificativo de “arcaico” alude a la caracterización de la sociología *renovada* de las organizaciones comunitarias, que se circunscribían a la *población* y que, de acuerdo con esta perspectiva, no interpelaban al conjunto de la sociedad ni contenían un proyecto democratizador. Esas organizaciones se enfocaban en la sobrevivencia y se articulaban en torno de los “grupos primarios” (familia, amigos, vecinos y comunidades de base, principalmente). Para Salazar, en cambio, el movimiento social está siempre encarnado en los “grupos sociales vivientes”, no así en sus representaciones políticas. Y los grupos primarios han sido siempre, desde esta perspectiva, los espacios *privilegiados* para la resocialización y para la emergencia de lazos de solidaridad, por eso es en esos grupos primarios en donde se gestan también los procesos de *recreación de la sociedad*, en el sentido de la transformación de los lazos de sociabilidad. La vigorosidad de la vida política está directamente vinculada con la fortaleza y vitalidad de esos grupos primarios y el grado de sujeción de la primera a los segundos.

---

<sup>102</sup> Salazar, Gabriel. 1986. “De la generación chilena del ‘68: ¿Omnipotencia, anomia, movimiento social?”, *Proposiciones*, nº 12, pp. 116, cursivas mías.

<sup>103</sup> Faletto, Enzo. 2009. “Entrevista: Enzo Faletto: «En torno a la desestructuración»”, en Zerán, Faride. *Las cartas sobre la mesa. Entrevistas de Rocinante*, Santiago, LOM, p. 148.

<sup>104</sup> Ídem.

Como hemos visto anteriormente, la ausencia de identidad atribuida a los sectores populares no constituía exclusivamente una característica descriptiva *aséptica*, sino que ello implicaba automáticamente la negación también del potencial movilizador, renovador, reconstructor, de esos sectores y de las experiencias colectivas que protagonizaban. En definitiva, los inhabilitaba también para “entrar en la lucha”. Por el contrario, para el “nuevo historiador social”, esos sectores compartían una situación de precariedad absoluta –y una historia de carencias, de exclusiones pero también de luchas y de afirmaciones– que le otorgaba ciertos rasgos de homogeneidad pero que, sobre todo, los configuraba como los que *nada tienen que perder*.

Pero más allá de este piso común de máxima exclusión social –que dotaría a estos sectores de una *experiencia compartida* que fortalece su sentimiento de pertenencia a un colectivo con los mismos intereses–, ¿qué es lo que convierte a los sectores populares en un sujeto *potencialmente rebelde* y, por lo tanto, en cuna de movimientos sociales? La vertiente más radical de la nueva historiografía chilena apuesta epistemológica y políticamente por la existencia de una *cultura popular* que pervive transformándose en el “bajo pueblo” y que labora permanentemente –aunque a veces lo haga de manera inconsciente– por la humanización de la vida<sup>105</sup>. Lo humano entendido en un sentido amplio y dialéctico, como lo bueno y lo malo, las grandezas y las miserias del ser humano, no sólo sus aspectos positivos, pero sí una pulsión tenaz hacia un mundo donde todos puedan vivir dignamente. Ese presupuesto epistemológico y político se ratifica en los periodos de mayor represión y control estatal; entonces, “cuando llega el tiempo de los dictadores, la historia se renueva dentro de los grandes prisioneros y en la sociabilidad de los hombres simples”<sup>106</sup>.

Tenemos, pues, que “en la historia misma, el sujeto popular es más ancho y abigarrado que la clase proletaria en sentido estructural estricto”<sup>107</sup>. Pero ello no obsta para que el movimiento popular haya tenido una participación decidida en numerosos momentos de la historia de Chile, y particularmente en los ochenta, cuando los *pobladores* se constituyeron “en el sector social más activo y movilizado, contribuyendo de modo muy significativo a la recuperación de la democracia”<sup>108</sup>. El fracaso de la opción movilizadora –de la política de rebelión popular de masas, según la formulación del Partido Comunista– en el derrocamiento de la Dictadura no determina su (in)existencia, ni la profundidad de su propuesta democratizadora, pues de acuerdo con los *nuevos* historiadores, el movimiento popular “ni se origina ni se agota en el derrocamiento de generales o presidentes impopulares, ni consiste en una *mera táctica*”<sup>109</sup>. Muy por el contrario, el examen de las organizaciones económico-populares, y en general, de la asociatividad desplegada por el movimiento de *pobladores*, revela la hondura y la proyección –el carácter *estratégico*– de sus

---

<sup>105</sup> Identificamos como parte de esta vertiente, aún con matices, a los historiadores Gabriel Salazar y Mario Garcés y a la historiadora María Angélica Illanes.

<sup>106</sup> Ídem.

<sup>107</sup> Salazar, Gabriel. 2006. *La violencia política popular*, p. 150.

<sup>108</sup> Garcés, Mario. 2013. “Las luchas urbanas en Chile en el último tercio del siglo XX”, *Trashumante*. Revista Americana de Historia Social, nº 1, p. 76.

<sup>109</sup> Salazar, Gabriel. 2006. *La violencia política popular*, p. 305.

motivaciones. Con todo, el historiador reconoce que, para el movimiento popular, el balance general de las Jornadas de Protesta Nacional es agridulce:

“De un lado, con ellas abrió una decisiva brecha psicológica y política en el flanco popular de la dictadura; pero, de otro, perdió la batalla de ‘la transición’ en el segundo frente (el de la negociación), enceguecido por la inercia VPP [violencia política popular], empantanado por las tácticas distractoras del estamento militar, desarmado por la compulsión parlamentarista de su aliado mesocrático, y formalmente superado en los mismos umbrales de la eventual ‘democracia’”<sup>110</sup>.

Salazar no desconoce la heterogeneidad del movimiento popular y tampoco niega sus limitaciones para explicitar y *formalizar* los elementos y las propuestas que laten en sus prácticas sociopolíticas; en ese sentido, reconoce su dificultad para “pasar fluidamente de la protesta a la propuesta”<sup>111</sup>. Pero no considera que esas características anulen su historicidad y el potencial para desplegarse como actor sociopolítico. En ese sentido, llama la atención sobre la necesidad de analizar a los sujetos de “carne y hueso”, prescindiendo de categorías abstractas que buscan hacer encajar la realidad en la teoría, pues la base social —en *movimiento*— “no podrá ser detectada ni valorada, si para ello se utilizan y se aplican categorías sistémicas de definición y observación”<sup>112</sup>. Por lo tanto, desde esta perspectiva, el movimiento social es visto como un “proceso lento, cualitativo, diverso, amplio, de continuidad y ruptura, a partir de la subjetividad popular”<sup>113</sup>. Con ello, pierde centralidad en la reflexión el peso de las estructuras, la influencia de las minorías lúcidas, de las vanguardias, la linealidad de los procesos; y gana terreno la complejidad del sujeto, la pluralidad de los actores, el despliegue de las contradicciones, las abigarradas vías de construcción de la subjetividad popular.

Era ese enfoque macro-sistémico el que orientaba los análisis sociológicos hacia la primacía, una vez más, del factor estructural frente a la historicidad de los actores sociales: “Revalorizando el carisma prometedor de ‘las organizaciones’ y desechando, como desperdicio súbito, los ‘grupos comunitarios del Pueblo’, las ideas de ‘movimiento social’, de ‘educación popular’, de ‘proyecto histórico popular’. Motejando a los que se han rezagado en esas ‘prácticas de repliegue, hoy superadas’, de románticos, o ‘basistas’, cultores de ‘comunitarismo populista’, etc”<sup>114</sup>.

De otra parte, la diferente interpretación de las acciones de los *pobladores* se explica por una concepción distinta de la *política*<sup>115</sup>. Frente a lo que Salazar define, acertadamente, como una propuesta de modernidad neoliberal y una lectura estatalista de la política, que identifica esta dimensión de la vida social con una esfera auto-centrada circunscrita al Parlamento y a los partidos políticos, y la representación con la vía primordial de constitución de los sujetos políticos, la Nueva

---

<sup>110</sup> *Ibíd.*, p. 304.

<sup>111</sup> *Ibíd.*, p. 306.

<sup>112</sup> *Ibíd.*, p. 169.

<sup>113</sup> Agurto y Milos. 1983, p. 8.

<sup>114</sup> Salazar, Gabriel. 1986. “De la generación chilena del ‘68”, p. 103.

<sup>115</sup> Aspecto sustancial también de las controversias al interior de la historia social.

Historia plantea una forma distinta, *popular*, de hacer política, que se caracteriza por la “tendencia del ‘bajo pueblo’ a territorializar, concretizar y socializar la acción directa. Es decir, a *hacer política privilegiando la ‘acción directa’*”<sup>116</sup>. A su juicio, esa *política popular* adolece de un déficit de formalización, explicable porque el movimiento popular ha carecido históricamente del entrenamiento y de la experiencia necesaria<sup>117</sup>; y también por “la persistente acrimonia y el desinterés ejercitados por la alta intelectualidad chilena *frente a las necesidades teóricas específicas del movimiento popular*”<sup>118</sup>.

Ese desabrimiento que Salazar atribuye a una parte del pensamiento social estaría dado por la adhesión a los postulados modernos (sistémicos) en su comprensión de la sociedad y de los actores sociopolíticos, y por el compromiso con el régimen económico y político neoliberal en sus formas esenciales, que en la década de los ochenta se expresó en el apego a la salida pactada de la dictadura, presentada como la única opción viable, responsable y racional, para lo cual resultaba imprescindible “negar teóricamente y bloquear políticamente el protagonismo histórico del movimiento popular”<sup>119</sup>. Y esto porque las reivindicaciones y las formas de organización y de lucha del movimiento popular resultaban incompatibles con la propuesta formalista de una transición pacífica a la democracia.

En definitiva, para la Nueva Historia, “los protagonistas de los hechos de VPP han levantado y echado a andar un movimiento social que no tiene sistematicidad (ni lealtad al sistema, ni orden sistemático, ni racionalidad funcional), pero sí tenacidad del proyecto, y en consecuencia, lógica de historia, que apunta (solo apunta) a construir un orden nuevo”<sup>120</sup>. Esta perspectiva contribuye a visibilizar y apreciar un movimiento social que no había sido suficientemente estudiado ni valorado por la teoría social, específicamente por los sociólogos *negacionistas* y *transitólogos*, cuyos trabajos dan cuenta de una mirada miope o prejuiciada que pre-conceptúa la realidad, clasifica y fija a los actores sociales y descarta todo aquello que no tenga cabida dentro de los estrechos márgenes de conceptos “importados” y absolutamente “cerrados”. Frente a la *negación* de los movimientos sociales y la interpretación desdeñosa de las luchas de los *pobladores*, la Nueva Historia emprende un esfuerzo teórico honesto por comprender los movimientos sociales *reales* que han emergido en Chile, trabajando “una perspectiva complementaria que, al día de hoy, parece ser indispensable”<sup>121</sup>.

## Conclusiones

El examen de los movimientos sociales en Chile ha sido abordado fundamentalmente por sociólogos e historiadores. En el primer caso, desde la sociología *renovada*, corriente hegemónica desde los años ochenta del siglo pasado, y cuyas preocupaciones giraron en torno de la “transición a la democracia”; se trata de una sociología eminentemente *política*, no sólo por el ámbito de estudio

<sup>116</sup> Salazar, Gabriel. 2006. *La violencia política popular*, p. 309, cursivas mías.

<sup>117</sup> *Ibíd.*, p. 306.

<sup>118</sup> *Ibíd.*, p. 307, cursivas mías.

<sup>119</sup> *Ibíd.*, p. 306.

<sup>120</sup> *Ibíd.*, p. 149.

<sup>121</sup> Salazar, Gabriel. 1985. *Labradores, peones, proletarios*, p. 18.

que privilegia sino, sobre todo, por la orientación general de su reflexión, desde las instituciones estatales y el sistema político como constructores de la sociedad. En el segundo caso, desde una corriente historiográfica afín a la *Historia Social*, llamada *Nueva Historia*, definida por el protagonismo histórico y epistémico reconocido a los sectores populares y, sobre todo, comprometida con las perspectivas de democratización que emergen *desde* esos sectores. Podríamos decir, entonces, que la Sociología (Política) estudia los movimientos sociales *desde arriba* y *desde fuera*, mientras que la Nueva Historia (Social) lo hace *desde abajo* y *desde dentro*.

Ese examen aflora en un contexto de autoritarismo y represión de los movimientos que habían aupado el anterior ciclo de luchas y reivindicaciones que se cerró con el golpe de estado de 1973. La derrota/fracaso de aquellas experiencias propició un proceso de cuestionamiento y crítica que derivó en la necesidad de *renovación* del pensamiento social y político y de las prácticas de transformación social. En el caso de la sociología, la evaluación de las causas que habían llevado al golpe de Estado significó el abandono del compromiso asumido con la transformación *radical* de la sociedad, la aceptación de la democracia formal como un sistema válido *per se* y de la política como una esfera autónoma del mundo social. Al mismo tiempo, los sociólogos *renovados* concluyeron que el tipo de ciencia social practicada con anterioridad al golpe de Estado estaba profundamente ideologizada, había asumido un compromiso demasiado estrecho con las luchas sociales y había carecido de autonomía y objetividad. En consecuencia, el análisis de los movimientos sociales fue abordado desde una pretendida neutralidad valorativa, esto es, desde la supuesta autonomía del pensamiento sociológico, soslayando los compromisos con una concepción de la democracia que la reduce a los aspectos formales y de la política como monopolio exclusivo de los partidos políticos y del gobierno y con un proyecto político de salida de la Dictadura que enfatizaba el papel de las élites políticas y los consensos entre partidos. Esa reconstrucción del devenir de la sociología *renovada* demuestra que, más que de traición —que, en cierto nivel la hubo—, se trató de un proceso que guarda más elementos de continuidad con el pasado que de ruptura. En ese sentido, el viraje de la sociología renovada no tuvo lugar con ocasión del plebiscito o de las elecciones presidenciales de 1989, aunque se intensificó durante la gestión gubernamental de la Concertación. El viraje, en términos teóricos y políticos, de los intelectuales que habían estudiado los movimientos sociales, se produjo casi inmediatamente después del golpe y más claramente entre fines de los setenta e inicios de los ochenta. Es un proceso que está íntimamente ligado con la renovación socialista, que fue también *renovación sociológica*.

La sociología *renovada* se aproximó al análisis de los movimientos sociales con el aparataje conceptual de la *sociología accionalista* de Alain Touraine. La definición de movimiento social del sociólogo francés fue usada como vara de medir de las distintas expresiones de descontento, de organización, de protesta y de movilización de los sectores que enfrentaron los efectos de la Dictadura cívico-militar, muy especialmente de los sectores populares. Esos “fenómenos” no encajaban en la definición, por lo que los sociólogos concluyeron, en primer lugar, que no existían movimientos sociales en Chile porque las experiencias que había no exhibían una identidad homogénea ni un proyecto político definido, y porque sus actitudes se ubicaban entre el comunitarismo (el refugio pre-moderno) y la violencia anómica (pura irracionalidad) y la voluntad

revolucionaria (la pretensión de cambiarlo todo). La negación de la existencia de un movimiento de *pobladores* pone de manifiesto cómo el concepto de movimiento social se convirtió, de algún modo, en un compartimento estanco que, tal y como sucediera anteriormente con la categoría de “clase obrera”, dificultó más la comprensión de las particularidades de la realidad chilena, que lo que ayudó a su esclarecimiento: el propio mentor de los sociólogos chilenos *renovados* concluyó que poco se había avanzado en el terreno del conocimiento con decir que “no hubo, no hay, no habrá”<sup>122</sup> movimientos sociales en Chile.

La rigidez del enfoque sociológico revisado se tradujo en una actitud de *reproche* hacia la realidad, ante la inadecuación de los hechos a la teoría, debido a aquello que le faltaba para constituir un “verdadero” o “real” movimiento social. La heterogeneidad presente en el sector *poblacional* y la diversidad característica del actor *poblacional* fueron interpretadas, desde esta perspectiva, como un impedimento para la constitución de movimientos sociales y, por ende, de prácticas con un potencial transformador (en un sentido positivo) de la sociedad. La unidad fue considerada un punto de partida y pensada como uniformidad, homogeneidad de características sociales, de proyectos, tácticas, etc.

En segundo lugar, esta sociología concluyó que las movilizaciones y protestas que sacudieron el panorama sociopolítico en los ochenta no eran propiamente políticas, por lo que debían subordinarse a la conducción de los partidos políticos, ya que sólo éstos tienen la capacidad de enarbolar proyectos propiamente políticos, racionales e instrumentales. La política fue concebida como una esfera profesional separada del “mundo social”, guiada por principios racionales y por conocimientos profesionales; a su vez, lo social sin la política parecía pura expresividad, irracionalidad, emociones primarias, inviabilidad.

Por lo tanto, la sociología *renovada* explícitamente argumentó que en la democratización de la sociedad, los movimientos sociales cumplen un papel secundario y subordinado. En consecuencia, legitimó la escisión entre lo social y lo político que defiende el pensamiento liberal y que la Dictadura forzó a sangre y fuego. La escisión supuso la preeminencia del “mundo político” frente a las experiencias de movilización, de autoorganización de los sectores populares. Esta interpretación sobre los procesos de subjetivación política y la transformación de la realidad constituye un postulado esencial de la sociología *renovada*, no una caracterización de las luchas sociales durante la Dictadura. Es decir, desde esta perspectiva los movimientos sociales no son políticos, porque la política reside en los actores que disputan y ejercen el gobierno, y por lo tanto, a los primeros les cabe, en el mejor de los casos, la tarea de “demandar”, “fiscalizar” o “contraponerse” al poder político.

La negación de los movimientos sociales y la subordinación de las movilizaciones por no constituir propiamente una estrategia política fue rebatida desde la Nueva Historia. La renovación del pensamiento histórico y de la práctica política, no derivó, en este caso, en el abandono por parte de los *nuevos* historiadores sociales de los proyectos de transformación de la sociedad, más bien el compromiso con ellos se profundizó. Ciertamente se cuestionó el economicismo y el vanguardismo

---

<sup>122</sup> Touraine. 1987. Op. Cit.

presentes en los análisis anteriores, y se consideró necesario ampliar el concepto de “clase obrera” para incluir a los sectores populares previamente excluidos de ese concepto por el predominio de un cierto obrerismo en el pensamiento marxista precedente. Asimismo, los *nuevos* historiadores abandonaron –con grados diversos– la centralidad conferida al partido político y la orientación estatista (de confrontación y/o de reivindicación) de las luchas y pusieron en valor las prácticas de construcción local, cotidiana, de los movimientos sociales. De esta manera, se pensaron las experiencias de autoorganización, de autoeducación, de protesta, etc., de los sectores populares como procesos de constitución de actores sociales más autónomos y conscientes que en el pasado, lo cual implica, pese a cierta incompreensión entre los propios historiadores, que la Nueva Historia concibe la politicidad en el seno mismo de lo social, es decir, cuestiona cualquier posibilidad de pensar en la autonomía de la política, pues cuando esto sucede, se fetichiza lo político.

El carácter procesual y la perspectiva no lineal de la historia que rescata esta mirada historiográfica, supone concebir la unidad no como homogeneidad, ni siquiera como hegemonía, sino como complementariedad, encontrando los elementos comunes que permiten la comunicación, y el encuentro, entre los distintos movimientos sociales. Así entendida, la unidad es un fin –y no un principio–, aunque siempre reversible y mudable. Ello supone abandonar también la visión (y la ambición) totalizante de las luchas. Además, la unidad de los procesos antagonistas no excluye el reconocimiento de las particularidades. Valorar lo diverso, lo plural, lo distintivo, esto es, concebirlo como algo que suma, en lugar de restar, como una condición que enriquece los procesos de transformación, que permite complementarse mejor y abrir *distintas* vías de revolución, permite avanzar en un acercamiento más complejo e integral de los problemas sociales. Desde esta perspectiva, el proyecto político no se expresa exclusiva o necesariamente en la propuesta formal de un número determinado de principios programáticos; el proyecto es una constelación de propuestas –más o menos explícitas– que van *configurando* una sociabilidad distinta, pero siempre en tensión. Obviamente la imagen propuesta de la revolución social resulta un poco más compleja, y quizás un punto menos romántica que la tradicional, pero quizás también más factible y fructífera para quienes albergan deseos de humanización.

Aunque la confrontación de interpretaciones sólo excepcionalmente se hizo de manera directa, en algunos espacios y momentos muy delimitados –algunos encuentros o seminarios en los que confluyeron sociólogos e historiadores dada la configuración del campo académico durante la Dictadura– existe entre la Sociología (Política) y la Nueva Historia (Social) una *disputa* por el concepto de movimiento social, que involucra una contienda también por las concepciones de la política y la democracia. Mientras la primera negó al movimiento social, la segunda ha buscado afirmarlo. La primera lo hizo desde la aplicación de un concepto definido *ex ante*, fijo y restrictivo, de lo que son los movimientos sociales (de acuerdo con la lectura *tourainiana*); pero además negó el carácter político y por lo tanto el carácter de “actor válido” de las organizaciones y colectivos que desde las *poblaciones* enfrentaron a la Dictadura y desarrollaron relaciones sociales y prácticas de vida alternativas al individualismo y autoritarismo imperantes. La segunda se ha aproximado al “examen” de quiénes son y qué quieren los que actúan, a partir del proceso mismo de la *lucha*, del despliegue de sus capacidades de hacer y de decir, y también de sus dificultades. Desde esta

perspectiva, los movimientos *son* en movimiento y las identidades y subjetividades políticas se crean y recrean en el propio despliegue del conflicto; por lo tanto, no resulta posible cancelar de antemano los alcances del desafío anti-sistémico o democratizador que puede involucrar una lucha y los actores involucrados en ella. Pero además, como la Nueva Historia apuesta por el desarrollo de esas experiencias, se compromete con la profundización de los aspectos que pueden reforzar la identidad y el proyecto de los actores sociales.

Así pues, la construcción teórica de los movimientos sociales se convirtió en un *campo de batalla*, no siempre explícito, de las propuestas epistemológicas y teóricas de la Sociología *renovada* y la Nueva Historia. Y ello porque detrás de la definición de qué son los movimientos sociales, en sentido conceptual, se ubica la consideración de qué papel juegan en la democratización de las sociedades. En el contexto dictatorial, negar la existencia de movimientos sociales y subordinar las protestas a la conducción partidaria, suponía relegar a los sectores populares, y postergar sus reivindicaciones y propuestas de democratización efectiva de la sociedad, implicaba reforzar la idea de que la única opción viable y razonable de poner fin a la Dictadura pasaba por acatar la Constitución *pinochetista* de 1980 y las transformaciones que los militares habían introducido en la sociedad, suponía, en definitiva, legitimar el modelo autoritario, elitista y neoliberal. Por el contrario, defender las experiencias populares y conferirles centralidad en la estrategia democratizadora significa erigir una propuesta popular frente al modelo dictatorial. Aunque esta última estrategia *rupturista* no consiguió –en el corto plazo– imponerse frente a la estrategia *continuista*, la entrada en escena de los movimientos sociales desde el 2006, y el proceso de luchas desde entonces transitado, da muestras claras de la profunda desconfianza ciudadana ante los renovados intentos por encauzar la protesta hacia estrategias de negociación política.

## Bibliografía

- Aylwin, Patricio. 1998. *El Reencuentro de los Demócratas. Del Golpe al Triunfo del No*, Santiago, Ediciones B.
- Baño, Rodrigo. 2013. “El Golpe a la Igualdad: 40 años después”, *Conferencia sobre el golpe de Estado en Chile*. Disponible en <<https://www.youtube.com/watch?v=PW1W7lO99j8>>.
- Bastías, Manuel. 2010. “Las paradojas de la transición. La conquista del sufragio y la desarticulación de la sociedad civil en Chile”, en *Independencias - Dependencias - Interdependencias VI Congreso CIESAL*. Toulouse.
- \_\_\_\_\_. 2013. *Sociedad civil en Dictadura. Relaciones transnacionales, organizaciones y socialización política en Chile (1973-1993)*, Santiago, UAH.
- Bourdieu, Pierre y Loïc Wacquant. 2005. *Una invitación a la sociología reflexiva*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Bourdieu, Pierre. 2000. *Cosas dichas*, Barcelona, Gedisa.
- \_\_\_\_\_. 2002. *Lección sobre la lección*, Barcelona, Anagrama.
- \_\_\_\_\_. 2008. *Homo academicus*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Campero, Guillermo. 1986. “Luchas y movimientos sociales en la crisis: ¿Se constituyen movimientos sociales en Chile?: Una introducción al debate”, en *Los movimientos sociales y la lucha democrática en Chile*, Santiago, CLACSO-UNU, pp. 9-19.
- \_\_\_\_\_. 1987. “Organizaciones de pobladores bajo el régimen militar”, en *Proposiciones*, nº 14.
- Cárdenas, Juan Cristóbal. 2016. “Disputas campales. En torno a la biografía intelectual de un sociólogo disruptivo: Eduardo Hamuy Berr (de 1944 a 1973)”, *Los caminos de la sociología crítica y la cuestión*

- de la dependencia. *Un registro de sus huellas en Chile y América Latina, Tesis Doctoral*, Programa de Estudios Latinoamericanos, UNAM-México.
- Correa, Sofía, Consuelo Figueroa, Alfredo Jocelyn-Holt, Claudio Rolle, y Manuel Vicuña. 2001. *Historia del siglo XX chileno: Balance paradójico*, Santiago, Sudamericana.
- Delamaza, Gonzalo. 1999. "Los movimientos sociales en la democratización de Chile", *El modelo chileno. Democracia y desarrollo en los noventa*, de Paul W. Drake e Iván Jaksic, Santiago, LOM, pp. 377-404.
- Donati, Paolo R. 1992. "Political Discourse Analysis", en Diani, Mario y Ron Eyerman. *Studying Collective Action*, Newbury Park/London, Sage Publications.
- Dubet, François. 1987. "Las conductas marginales de los jóvenes pobladores", en *Proposiciones* nº14, pp. 94-100.
- Espinoza, Vicente. 2000. "Reivindicación, conflicto y valores en los movimientos sociales de la segunda mitad del siglo XX", en Garcés, Mario, Pedro Milos, Myriam Olgún, Julio Pinto, María Teresa Rojas y Miguel Urrutia (comps.). 2000. *Memoria para un nuevo siglo. Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX*, Santiago, LOM.
- \_\_\_\_\_. 1986. "Los pobladores en la política", en Varios Autores. *Los movimientos sociales y la lucha democrática en Chile*, Santiago, CLACSO-ILET, pp. 31-52.
- Faletto, Enzo. 2009. "Entrevista: Enzo Faletto: «En torno a la desestructuración»", en Zerán, Faride. *Las cartas sobre la mesa. Entrevistas de Rocinante*, Santiago, LOM, p. 145-156.
- Garcés, Mario. 2012. *El despertar de la sociedad. Los movimientos sociales en América Latina y Chile*, Santiago, LOM.
- \_\_\_\_\_. 2013. "Las luchas urbanas en Chile en el último tercio del siglo XX", *Trashumante. Revista Americana de Historia Social*, nº 1, pp. 74-95.
- Garretón, Manuel Antonio. 1987. "1986-1987. Entre la frustración y la esperanza. Balance y perspectivas de la transición a la democracia", *Documento de Trabajo*, nº 329, Santiago, Flacso.
- \_\_\_\_\_. 1990. "Las condiciones socio-políticas de la inauguración democrática en Chile", *Working Paper*, nº 142, junio, The Helen Kellogg Institute for International Studies.
- \_\_\_\_\_. 1993. "Aprendizaje y gobernabilidad en la democratización chilena", en *Nueva Sociedad*, nº 128.
- \_\_\_\_\_. 1993. "La redemocratización política en Chile: transición, inauguración y evolución". Santiago, Flacso.
- \_\_\_\_\_. 2009. "Entrevista: Manuel Antonio Garretón: «Aquí nadie ha traicionado a nadie»", en Faride Zerán. *Las cartas sobre la mesa. Entrevistas de Rocinante*, Santiago, LOM, pp. 66-75.
- \_\_\_\_\_. 2013. "Crisis y dictadura, democracia incompleta y nueva democracia", *Conferencia presentada en la Cátedra de la Memoria 2013. 'A 40 años del Golpe'*, Santiago, Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, Universidad Diego Portales, Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Georgetown, 5 de septiembre.
- Gómez, Galo. 1977. "La universidad el golpe fascista en Chile", en *Cuadernos Casa de Chile*, nº 4.
- Gómez, Ricardo J. 2009. "Karl Marx. Una concepción revolucionaria de la economía política como ciencia", en *Revista Herramienta*, Año XIII, nº 40.
- Grez, Sergio. 2005. "Escribir la historia de los sectores populares. ¿Con o sin la política incluida? A propósito de dos miradas a la historia social (Chile, siglo XIX)", *Política*, nº 44, pp. 17-31.
- Guerrero, Manuel. 2008. "Tras el exceso de la sociedad: emancipación y disciplinamiento en el Chile actual", en Ceceña, Ana Esther (coord.). *De los saberes de la emancipación y de la dominación*, Buenos Aires, CLACSO, pp. 261-282.
- Iglesias, Mónica. 2015. "Lo social y lo político en Chile: Itinerario de un desencuentro teórico y práctico", *Izquierdas*, nº 22, enero, pp. 227-250.
- Joignant, Alfredo. 2012. "La razón de Estado: usos políticos del saber y gobierno 'científico' de los 'technopols' en Chile (1990-1994)", en Ariztía, Tomás. *Produciendo lo social. Usos de las ciencias sociales en el Chile reciente*, Santiago, Universidad Diego Portales, pp. 311-348.

- Laraña, Enrique. 1999. *La construcción de los movimientos sociales*, Madrid, Alianza.
- Marx, Karl. 1962. "Manuscritos económico-filosóficos", en Marx, Karl y Friedrich Engels. *Escritos económicos varios*, México, Grijalbo, pp. 25-125.
- \_\_\_\_\_. 1999. *Manuscritos: economía y filosofía*, Madrid, Alianza.
- Mayol, Alberto. 2012. *No al lucro. De la crisis del modelo a la nueva era política*, Santiago, Debate.
- Moulian, Tomás. 1997. *Chile Actual: Anatomía de un mito*, Santiago, LOM/Arcis.
- Moyano, Cristina. 2010. *El MAPU durante la dictadura. Saberes y prácticas para una microhistoria de la renovación socialista en Chile. 1973-1990*, Santiago, UAH.
- \_\_\_\_\_. 2016. "ONG y conocimiento sociopolítico durante la Dictadura: la disputa por el tiempo histórico de la transición. El caso de los Talleres de Análisis de Coyuntura de ECO, 1987-1992", en *Revista Izquierdas*, nº 27, pp. 1-31.
- Oxhorn, Philip. 2004. "La paradoja del gobierno autoritario: Organización de los sectores populares en los ochenta y promesa de inclusión", en *Política*, nº 43, pp. 57-83.
- Pinochet, Augusto. 1979. *El día decisivo. 11 de septiembre de 1973*, Santiago, Andrés Bello.
- Roitman, Marcos. 2007. *Democracia sin demócratas y otras invenciones*, Madrid, Sequitur.
- Santos, Boaventura de Sousa. 2009. *Una epistemología del Sur. La reinención del conocimiento y la emancipación social*, México, CLACSO/Siglo XXI.
- Salazar, Gabriel. 1985. *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*, Santiago, SUR.
- Salazar, Gabriel. 1986. "De la generación chilena del '68: ¿Omnipotencia, anomia, movimiento social?", *Proposiciones*, nº 12, pp. 96-118.
- \_\_\_\_\_. 1999. "Sobre unas críticas indirectas a la Historia Contemporánea de Chile", *El Mercurio*, 6 de junio.
- \_\_\_\_\_. 2006. *La violencia política popular en las "Grandes Alamedas". La violencia en Chile 1947-1987 (Una perspectiva histórico-popular)*, Santiago, LOM.
- \_\_\_\_\_. 2012. *Movimientos sociales en Chile. Trayectoria histórica y proyección política*, Santiago, Uqbar.
- Tironi, Eugenio. 1986. "El fantasma de los pobladores", en *Estudios Sociológicos*, nº 12, pp. 391-397.
- \_\_\_\_\_. 1986. "La revuelta de los pobladores. Integración social y democracia", en *Nueva Sociedad*, nº 83, pp. 24-32.
- \_\_\_\_\_. 1986. "Para una sociología de la decadencia", en *Proposiciones*, nº 12, pp. 12-16.
- \_\_\_\_\_. 1987. "Pobladores e integración social" en *Proposiciones*, nº 14.
- \_\_\_\_\_. 1990. *Autoritarismo, modernización y marginalidad. El caso de Chile 1973-1989*, Santiago, SUR.
- \_\_\_\_\_. 1991. "Pobladores en Chile: protesta y organización", en Schatan, Jacobo et ál. *El sector informal en América Latina. Una selección de perspectivas analíticas*, México, CIDE.
- Touraine, Alain. 1987. "Conclusión: La centralidad de los marginales", en *Proposiciones*, nº 14, pp. 214-224.
- \_\_\_\_\_. 1989. *América Latina: Política y Sociedad*, Madrid, Espasa-Calpe.
- Valderrama, Miguel. 2001. "Renovación Socialista y Renovación Historiográfica", en *Debates y Reflexiones. Aportes para la investigación social*, nº 5, PREDES, Universidad de Chile, pp. 23-38.